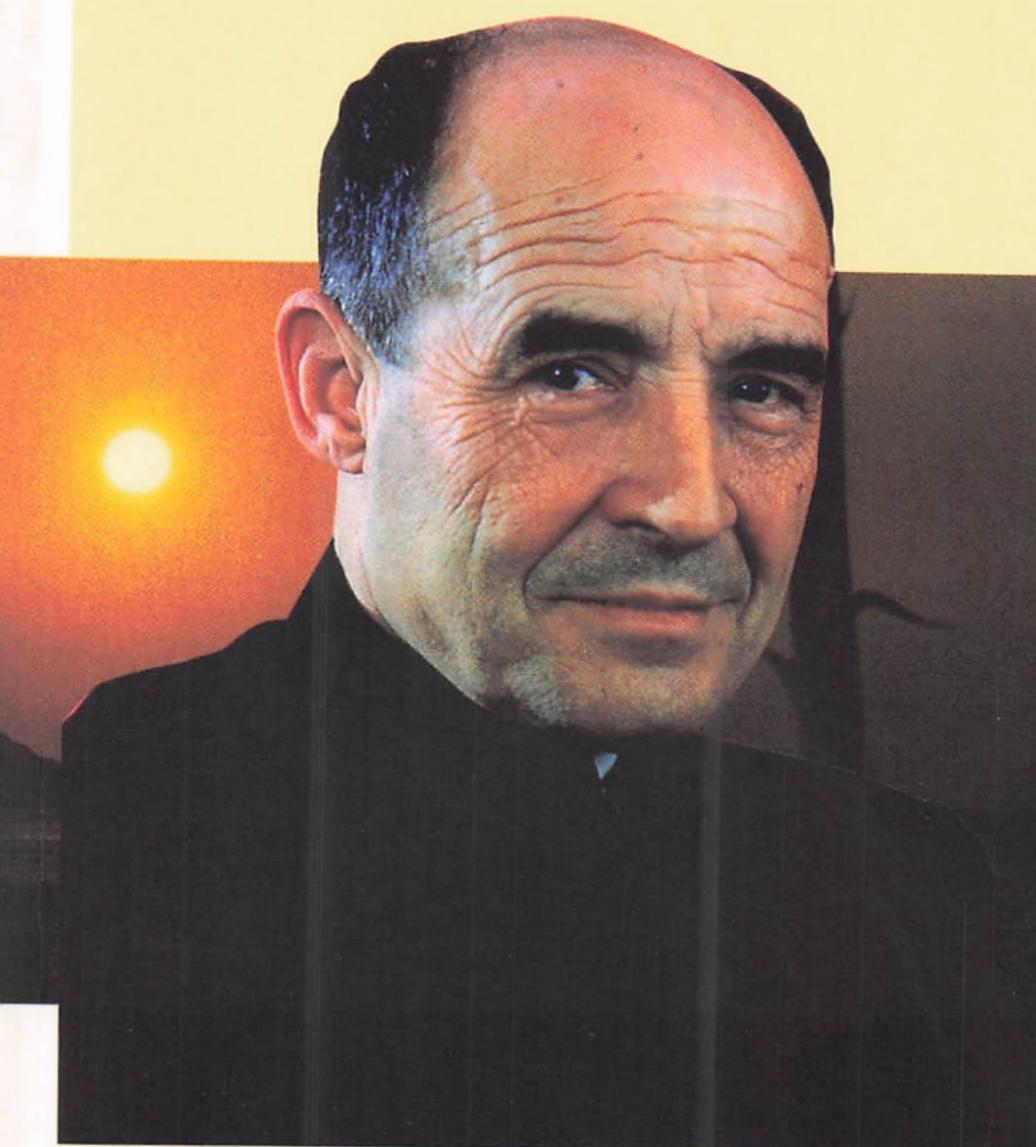


PADRE CARREÑO



URDIMBRE



MISIO  NES SALESIANAS

TERCERA
PARTE

PADRE CARREÑO



URDIMBRE (3)

MISIONES SALESIANAS

© 1996 MISIONES SALESIANAS

Coordinación Editorial: ATyPE, S. L.

Diseño: Ricard Badía & Associats

Ilustraciones: Albert Casanelles

Edición no comercial

Depósito legal: M. 39.056 / 1996

Imprime Cobrhi, S. A.

INDICE

1. INTERLUDIO DE GUERRA CALIENTE	5
2. AMOR BAJO UNA COFIA	16
3. ACERCA DE ALGUNAS SEÑALES VISIBLES DE LA VERDADERA CRISTIANDAD	30
4. EL PADRE FELIP	37
5. ESPECTROS Y DUENDES	46
6. DE LA INDIA A INDIANÁPOLIS Y REGRESO	56
7. FAUNA	68
8. CUARTE TO	81
9. VIAJANDO CON SANTOS	91
10. VIAJANDO... NO PRECISAMENTE CON SANTOS	102



INTERLUDIO DE GUERRA CALIENTE

Una de las razones que le obligaron a San Francisco Javier a ser un prodigioso promotor de las vocaciones indígenas fue el hecho de que en sus tiempos no había un Canal de Suez. La travesía desde Lisboa a Goa se llevaba hasta un año y a veces la eternidad.

En cambio, una de las razones por las cuales no habíamos tomado a pecho el problema de las vocaciones indígenas, fue precisamente el hecho de que había ya un Canal de Suez, y desde Génova a Bombay no era más que una interesante travesía de once días.

Así que cuando un día el genio de la guerra se sentó sobre el Canal, y cortó con su espada el cordón umbilical de nuestras Misiones, una nueva era se nos impuso en nuestra aventura misionera. En 1943 no teníamos más que una lastimosa docena de misioneros salesianos indios; hoy día han crecido hasta los quinientos; y el total de nuestros seminaristas, incluyendo los comprendidos en los seminarios menores, debe de ser alrededor del millar. (En toda la India hay más de 5.000 sacerdotes indios y más de 16.000 monjas indias.)

A decir verdad, la cirugía que nos aplicó la Divina Providencia fue un poco penosa: efectivamente, nos internaron a más de 400 misioneros católicos (120 de los cuales eran nuestros) pertene-

cientes a nacionalidades hostiles. Se desbarató nuestra organización y en algunos casos nuestro trabajo quedó interrumpido; pero la operación quirúrgica fue un exitazo. El Buen Maestro nos obligó a concentrarnos sobre los recursos locales y ellos eran, en verdad, abundantes y excelentes.



Había oído ya hablar de un magnífico, numeroso y ferviente grupo de cristianos que había en la India del Sur conocidos generalmente bajo el nombre de “Cristianos Sirios” o “Cristianos de Santo Tomás”. Su origen, directa o indirectamente, se remonta a los tiempos apostólicos.

Y al Sur me fui. En la primera escuela que visité durante mi *tournée* de reclutamiento, tuve la sorpresa de encontrarme el cuadro de Don Bosco colgado de las paredes de la clase.

—¿Sabéis quién es ése?

—Don Bosco —gritaron los muchachos a coro.

—Y ¿sabéis quién soy yo?

—No —gritaron de nuevo.

—Bueno, muchachos, por lo que se ve vosotros os creéis que Don Bosco es un Santo aislado que sirve solamente para ser colgado solemnemente en las paredes de vuestras clases. Pues todo lo contrario: Don Bosco es Padre de una muy numerosa familia, parte de la cual, en la India, acaba de ser llevada al campo de internamiento. Y como a nosotros nos molesta mucho no ver gente alrededor, no podemos aguantar casas silenciosas, y patios vacíos nos dan vértigo, aquí he venido yo a invitaros a todos los

que queráis ser Apóstoles de Jesucristo en la India, a que os alistéis bajo la bandera de Don Bosco.

Y de esa manera empezó aquella insólita emigración: un chorrito al principio, un torrente después; más tarde, una verdadera marea. Actualmente tenemos casi DOS DOCENAS DE SEMINARIOS SALESIANOS EN LA INDIA.

Si consideráis que la más acuciante ocupación de Nuestro Redentor fue la de preparar a sus Apóstoles y Discípulos para la evangelización del mundo, creo que os sentiréis enorgullecidos y estimulados por este afán de entrenar apóstoles nativos.

Algunas veces el candidato se presenta con su hermanito menor, o con un par de primos o hermanos, lo mismo que Andrés se trajo a Simón y Nataniel se vino detrás de Felipe.

Algunos de ellos podrían muy bien jactarse con San Pedro: "Hemos dejado todo allá atrás para seguirte". Para algunos otros ese todo no podía significar mucho delante de nuestros ojos, pero en verdad era todo para ellos.

—¿Qué es lo que debe llevar un aspirante para entrar en el Seminario? —preguntaba un pequeño candidato malayali al amable Carmelita siro-cristiano que me acompañaba.

La respuesta estereotipada a esa pregunta es en todo diferente, según las necesidades de las diferentes naciones: tantas sábanas, tantos pijamas, mosquitero, cepillo de dientes... Pero, en cambio, aquel buen Padre dio una ojeada al futuro apóstol que acababa de vadear, literalmente, un paisaje monzónico para encontrarnos: "Tráete..., tráete el paraguas", le dijo.

¡Oh, querida sencillez franciscana de la vida!



Nuestros seminarios empezaron enseguida a reventar por las costuras, como dicen, y así hubo necesidad de empezar a construir nuevos edificios en diversas localidades.

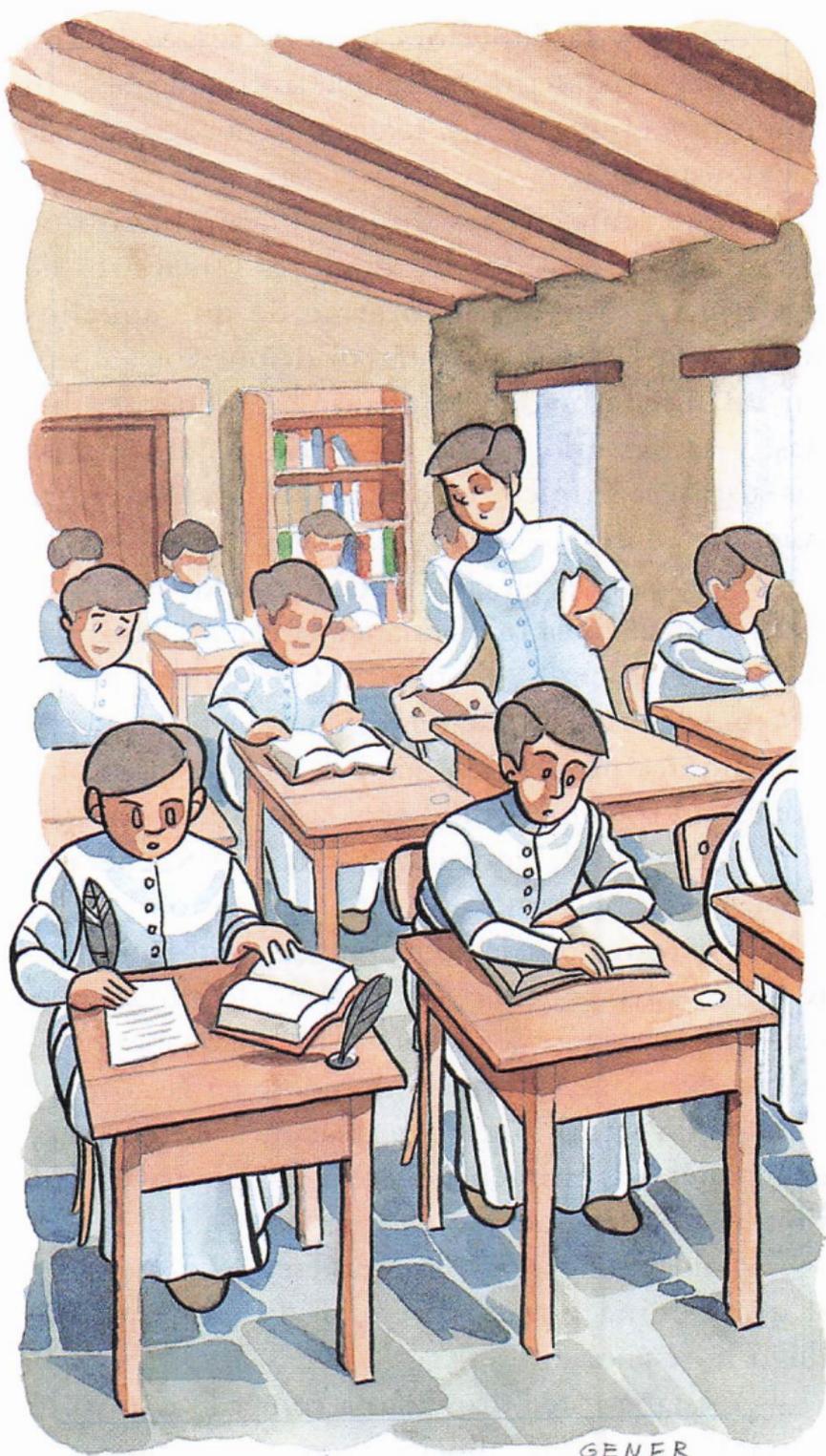
León XIII había profetizado mucho tiempo antes: “Serán tus hijos, ¡oh India!, los que te sean heraldos de salvación”.

Y aquella profecía se iba a cumplir sin demora. Aquellos seminaristas indios, listos y avispados, dentro de sus sotanitas blancas, pronto dominaron el latín, sacaron títulos universitarios, entraron con denuedo en los laberintos de la metafísica, y algunos de ellos, por ejemplo, Tony, manifestó estar superdotado para las sutilezas canónicas y casuísticas.

A Tony no se le engañaba fácilmente; sus ojos penetrantes seguían la trayectoria de nuestro pensamiento, y hasta adivinaba nuestras intenciones. Había que estar atentos.

Ya sabía yo por experiencia que durante las conferencias y lecciones era muy fácil llegar a una situación escabrosa.

Sin embargo, hay puntos de doctrina en donde no queda lugar para concesiones. Uno de esos puntos en que tenéis que ser inflexibles es el de la obediencia. No hay maestro de espíritu que pueda hacer concesiones a este respecto. La obediencia será más o menos ciega, más o menos entusiasta, pero hay que obedecer; porque si no..., ¿a dónde vamos a parar? El dilema es inevitable, como lo presentaba aquella Reverenda Madre, que, por lo que se ve, se había encontrado entre sus monjas algunas reacias:



GENER

Pronto dominaron el latín, sacaron títulos universitarios...

—O yo soy la Superiora o no lo soy. Si lo soy, tenéis que obedecerme; y si no lo soy..., ¡bueno!, pero como quiera que lo soy, tenéis que obedecerme de todas maneras.

Así que, conscientes de esta unanimidad que prevalece entre todos los doctores y maestros de espíritu, yo quería cerciorarme de que aquellos mis futuros apóstoles, estarían dispuestos a aceptar una incondicional sumisión a órdenes recibidas; y escogiendo al azar de entre mis seminaristas a un caso típico, es decir, a Tony, le conjuré solemnemente:

—Y tú, Tony, si en el mismísimo día de tu profesión, la obediencia te mandara a la cocina y te ordenara ser el cocinero de nuestra Comunidad por lo restante de tus días, ¿estarías dispuesto a obedecer?

Cualquier novicio, en general, se levanta en ocasiones tan solemnes como éstas, e inflamado de fervor y vibrando de entusiasmo rubrica su generosidad con un devotísimo: “Sí, estoy dispuesto”.

Pero a Tony no se le podía predecir tan fácilmente. Allí estaba él: de pie, mirándome de hito en hito con sus picaruelos ojos y con su intencionada sonrisa. Sin duda que estaba regodeándose en la novedad de aquella situación. Pero el asunto no era para chanzonetas, y mi deber me exigía apurar la cuestión hasta lo último.

—Vamos, Tony. ¿Estarías o no estarías dispuesto a ir a la cocina por obediencia? Finalmente me llegó la respuesta:

—¿Y estaría usted dispuesto a comer lo que yo le guisara? Y en aquel preciso momento terminó la conferencia por aquel día.

Pero para que nadie tenga inquietud alguna sobre la perseverancia de Tony en la práctica de las virtudes apostólicas, os diré que acabo de encontrarme con él, a mi paso por el Sur de la India, durante mi viaje de Europa a las Filipinas: hoy es un Muy Rvdo. Párroco, adornado de una muy reverenda barba. (¿Por qué aquellos pilluelos de entonces deben camuflarse ahora con unas barbas tan imponentes?) Lo que Tony no ha podido camuflar es una noble cualidad de su alma, cualidad que es delante de Dios tan grande como cualquier obediencia heroica, porque ambas no son más que el Amor en acción: me refiero a su tierna predilección por los pobres, por los humildes y por los pequeños. Y Tony..., ¡ay, no, perdón!, el Muy Rvdo. Padre Antonio H..., es uno de esos quinientos que tenemos allí ahora.



Decimos en castellano que “Dios escribe derecho con líneas torcidas”. En la Historia de la Humanidad, una de las líneas más torcidas —y que más debe costar a Dios enderezar— es la de las guerras.

Y si hubo alguna vez una línea torcida de veras en los Anales del Hombre, esa fue la de la II Guerra Mundial, que tanto alcanzó también a nuestras pobres Misiones de la India. Pero hete aquí que, precisamente en ese tiempo la Divina Providencia intervino para enderezar las cosas torcidas, y, entre ellas, aquella tibia actitud que habíamos adoptado delante del problema de las vocaciones indígenas.

Y eso sucedió precisamente en el momento más oportuno, porque, acabada la guerra, una Europa en

ruinas no podía ya mandarnos aquellas generosas hornadas de jóvenes misioneros que habían mantenido nuestra Misión en ebullición de entusiasmo. Para cuando Europa comenzó a convalecer, el nuevo Gobierno de una India independiente adoptó la política de rehusar visados de entrada a Misioneros extranjeros y de dificultar lo más posible la entrada en India hasta a los Misioneros provenientes de naciones de la Commonwealth. Pero si este detalle era una de esas “líneas torcidas” para nosotros, fue, sin embargo, una bendición para las tierras de Sudamérica, tan sedientas de sacerdotes: jóvenes con una preocupación apostólica dejaron de pensar en el Oriente, al encontrarse con las puertas cerradas, y se fueron a las avanzadas de aquellos continentes sin fin de la América latina, donde a fines de siglo debería haber una población católica de seiscientos millones, ya que nuestros Superiores, desanimados con tantas restricciones, trabas y negativas desviaron aquel torrente de juventud hacia las tierras de promesa de Suramérica.

Sin embargo, nuestras instituciones en la India estaban para aquellas alturas más florecientes que nunca. Y nunca ya necesitaron más transfusiones de sangre desde fuera.



En una ocasión recibimos una visita: nada menos que una visita canónica. Y yo os aseguro que visitas de esta clase no se contentan con piadosas exhortaciones y reflexiones: van al grano, y os pueden dar quebraderos de cabeza. Hacía poco que había acabado la guerra, y nuestro Cuartel General, alarmado,

por lo que se ve, de que nuestros Seminarios estuvieran rebotando de candidatos indios, deseaba averiguar si aquel “plenipotenciario” que no de muy buena gana habían tenido que soportar, había hecho uso de los “poderes de Curia Generalicia” de modo adecuado, o no había más bien llenado los Seminarios con “pájaros del aire, peces del mar, ovejas, bueyes y todas las bestias de los campos”, como dice el Salmo VIII. La intención inquisitorial de la visita se mascaba desde lejos.

—Y no pierdan ustedes de vista —nos dijo el Visitador, “inter alia”— los criterios que deben moderar las admisiones al Seminario. Por ejemplo: no se deben aceptar candidatos que sean hijos únicos.

—Muy bien, muy bien, Padre Visitador.

—Eh, tú, mozalbete —le gritó al primer latinista que acertó a pasar cerca de nosotros en aquel momento—. ¿Cuántos hermanos y hermanas tienes?

—¿Yo?... ¿Yo, Padre?... Yo sólo tengo doce hermanos y hermanas.

El Muy Rvdo. Padre Visitador estudió a cada candidato, sus antecedentes de familia, sus aptitudes... y tuvo que confesar, por fin:

—¡Habéis hecho una buena selección!



¡Ah!, pero aguardad un poco. ¡Casi, casi se me olvidaba! Además de “rogar” y “trabajar” tenemos también que “alimentar” a todos esos futuros apóstoles. Y proveer el arroz nuestro de cada día a todos esos jóvenes futuros apóstoles, que generalmente están dotados de buen apetito, durante aquellos años



sin fin de preparación para el sacerdocio, es una hazaña tal cual; es uno de los más heroicos, y menos cantados, episodios de esa gran Epopeya Apostólica, y uno de los capítulos más dramáticos de la moderna Misionología.

Si esta noche me enfrento con un tigre en el preciso momento en que está a punto de saltar, abierta la boca rugidora y hambrienta, sobre un grupo de huerfanitos indios, y le descerrajo un tiro y lo tumbo en el instante en que se iba a devorar a uno de los chiquillos, podéis estar seguros de que mañana toda una cadena de agencias publicitarias y de grandes rotativos contarán esa historieta a millones de lectores. Pero cuando a la mañana siguiente tengo que enfrentarme no ya con una rugiente bocaza de un tigre, sino con centenares de hambrientas boquitas reclamando el desayuno, la "Associated Press" no se preocupará de esta segunda historieta, porque... no les interesa. Y, sin embargo, ¿cuándo fui un héroe de veras? ¿Ayer o esta mañana?

Aquí quiero rendir mi tributo de admiración a esos Hermanos míos, los heroicos Rectores de Escuelas de Latín, de Seminarios Menores, de Colegios de Filosofía, de Noviciados y demás. La Prensa y la Historia nunca os dedicarán una columna, pero, por lo que a mí se refiere, yo, que conozco el paño, os reconozco como los Mariscales de la Gran Batalla. ¡Gloria a vosotros, los héroes desconocidos! Sí, desconocidos de los hombres, desconocidos hasta de la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe, y, efectivamente, sólo conocidos por Dios y por los que alguna vez hemos estado dentro de vuestro pellejo.

Hubo un momento, al principio de nuestro esfuerzo en pro de las vocaciones indígenas, en que las dificultades económicas se volvieron tan angustiosas, que nuestros pequeños latinistas indios, al descubrir una nube de tristeza en los ojos de sus superiores, y creyéndose bastante fuertes en su dominio del latín, escribieron una carta colectiva al Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide: doscientos muchachos con nombres muy largos, tales como Oonupalatinkal, Kavilpurandatil y otros parecidos firmaron la cartita que sé, por cierto, que contenía ideas como las siguientes: “También nosotros soñamos con ser un día apóstoles de Jesucristo en nuestra madre patria, igual que nuestros compañeros del Seminario Diocesano; pero vemos a veces una nube de preocupación en los rostros de nuestros Superiores, quienes hay días que encuentran muy duro llevar adelante esta obra, hasta el punto de no saber de dónde saldrá el arroz para mañana. También sabemos que no tenemos derecho a una ayuda directa de la Sagrada Congregación; y eso es más difícil de comprender para nuestras cabecitas, que a veces se preguntan: ¿Por qué se nos castiga? ¿Tal vez porque nosotros, ambicionando ser un día apóstoles de la India, queremos ser también hijos de Don Bosco?”. Aquel grande y tierno corazón del Cardenal Fumasoni Biondi les contestó con otra hermosa carta en latín. Su Eminencia confesaba que había llorado al leer el mensaje de aquellos indiecitos; pero él también tenía que obedecer a sus Estatutos y no había modo de saltárselos a la torera.





AMOR BAJO UNA COFIA

*ADVERTENCIA.—Cuando, durante los años de la guerra, recibimos en la India nuestra primera película sobre la vida de Don Bosco, a un misionero que se daba ínfulas de propagandista se le ocurrió la peregrina idea de anunciarla bajo el título de **Triunfo del amor** (como lo era efectivamente). La campaña de propaganda tuvo un éxito rotundo, pues, con gran sorpresa nuestra, se agotaron las entradas en un periquete. La película se estrenó en Calcuta con un llenazo. Pero bien pronto se agió nuestra alegría, porque los soldados ingleses, o “tommies”, igual que los marinos y GIs americanos dicen, acudieron desilusionados y airados a la taquilla a que se les devolviera el dinero.*

Por lo que se ve, la palabra “amor” puede significar cualquier cosa, como el “chocolate” para las patronas, para ciertos individuos, menos aquella suprema realidad en la que nosotros los misioneros todavía creemos como el apóstol Juan: “Et nos credidimus caritati”.

Y como quiera que no me gustaría, lector amigo, que tú también me vinieras a reclamar el dinero, te voy a decir desde el principio que, en el título de este capítulo, ni la cofia está ladeada, ni el amor soslayado. Y ahora ya puedes seguir adelante por tu cuenta y riesgo.

Conozco yo monjitas que han dado más bautismos que cinco misioneros juntos. Y la explicación es muy sencilla: a nosotros, los misioneros, muchas veces se nos mira con suspicacia. Nuestras barbas, y a menudo nuestros modales, no contribuyen mucho a disipar esos temores. ¿Quién podría en cambio resistirse a aquella blanca aparición, que os desarma con su sonrisa y bondad? A las monjitas les es dado atravesar umbrales y pisar terrenos que a nosotros nos están prohibidos, sobre todo allí donde rige aún el sistema de “purdah”, o seclusión de las mujeres.

Bienvenidas como son en chozas o en palacetes por igual, pueden acercarse a la cabeza del moribundo o a la cunita del recién nacido, prodigar medicinas o palabras de consuelo, cuidarse de los pequeñuelos o de los viejos, y otorgar a muchas almas la suprema merced de abríseles de par en par las puertas del cielo mediante la incorporación a Cristo por el Bautismo.

Pero no todo es idilio para los ojos de la carne. ¡Oh, no! Vais a veces a visitar un lazareto anidado en un remoto valle, y allí encontraréis sin duda, palpitando en la penumbra, aquella llamita roja de la lámpara del Santísimo anunciándonos la presencia de nuestro Divino Compañero de destierro, pero hallaréis también el blanco velo de las vírgenes de Cristo derrochando ternura sobre aquellas repulsivas criaturas desfiguradas por la enfermedad de Hanssen: rojas y blancas llamas de caridad, la más pura y divina en la tierra.

—No haría yo eso por diez mil dólares—cuentan que dijo una vez una turista a una monjita enfermera.



—Tampoco yo —respondió ella.

Ciertos servicios se pueden hacer solamente por amor a Dios, por Aquel que se oculta al igual bajo los velos eucarísticos como detrás de la deforme desintegración de aquellos hermanos nuestros abandonados.

Y cuando esas doncellas de Dios tienen que cuidar día y noche a los hijos de nadie, a aquellos que han sido dejados a la puerta de su convento como un peso odioso; y cuando aquellas criaturitas desechadas yacen en las camitas del jardín de infancia llorando y berreando y exigiendo cariño y ayuda y... limpieza, a la una, a las dos, a las tres de la madrugada, y aquella frágil monjita tiene que levantarse para atenderles y empieza a ponerse más pálida cada mañana, hasta que la Madre Superiora se ve obligada a mandarla a las colinas a respirar aire fresco, para volver luego a aquellas llanuras abrasadas a cuidarse de los trillizos y cuatrillizos de Dios, por toda su vida...

Entre los escasísimos apuntes sentimentales que encuentro en un viejo diario mío, hay esta entrada, en medio de citas, gastos, horarios de trenes: "Oigo cantar un ruiseñor en Arni". Eso no os dará ningún escalofrío de sorpresa a vosotros, pero a mí sí: el inesperado brotar de una fuente cristalina en un desierto no habría igualado a aquel frescor. En los diez años que llevaba yo en aquel distrito no había oído ni una sola vez gorjear a un pajarillo. Y es que ¿sabéis lo que es Arni? El punto más cálido de aquel candente horno crematorio del North Arcot, rodeado todo entero por un ambiente cerrilmente hindú; y era precisamente allí donde había florecido

aquel nido de amor cristiano, aquel jardín de infancia para bebés abandonados. Allí ni siquiera los cuervos a veces tienen fuerzas para graznar; se acurrucan cobardemente debajo de cualquier ramaje que encuentren aguardando a que aquel azote de fuego se mitigue a la caída del sol. Y, por lo que se ve, fue allí también donde los angelitos de Dios, al contemplar aquellas figuras ultraterrenas vestidas de blanco deslizarse tiernamente sonrientes entre aquellas hileras de cunitas indeseadas, arrancaron sin duda un milagro especial del Creador y se trajeron a un ruiseñor para dejar caer una nota de frescor sobre aquel oasis de caridad rodeado por el sulfúreo calor northarcoteño. Y, efectivamente..., “en Arni cantó un ruiseñor”. ¡Lo oí yo!



Aquellas criaturitas morenas, si logran sobrevivir (ya que la mayor parte —tal vez porque las han envenenado de antemano— optan por marcharse con los angelitos de Dios, al modo del pequeñuelo de Selgas), al alcanzar la edad de cinco o seis años, son enviadas, si niñas, al orfanato de Vellore y, si niños, al de Palikonda. Y este orfanato de Palikonda era centro del cariño de todos los misioneros. Lo regentan las Hijas de María Auxiliadora; pero lo hacen bajo la aceptada condición de que cuando aquellos arrapiezos empiecen a dar un poco más de guerra porque se están convirtiendo en pequeños caballeritos, nos los traerán a nuestras Escuelas Profesionales, Escuelas Medias o Seminarios Menores. (Varios sacerdotes indios han salido ya de aquella insólita solera.)



Pero por mucho que amáramos a aquel simpático plantel, hubo una ocasión en que tuvimos que dejarlo sin Misa por diez días. Un día me llamaron por telegrama; y yo inmediatamente abandoné mi Misión para llegar a Palikonda después de la media noche. Pagué al carretero que me había traído en carro de bueyes desde la estación; y apenas se alejó, me encontré allí en el silencio de la noche, enfrente de una cancela cerrada con un grueso candado y de aquellas enormes tapias características de todos los conventos. ¿Qué tenía que hacer? ¿Tirar de la campanilla y despertar a aquellas pobres monjitas y a sus huerfanitos? “Primero la caridad”, pensé yo. Al fin y al cabo, yo me traía conmigo el *bedding*, esa camita portátil que nos llevamos con nosotros en las misiones de la India, y consistente en un colchoncito enrollado y una almohada. Esto nos permite dormir en cualquier sitio, sea en el suelo de una sala de espera en las estaciones, en los pórticos de una iglesia o debajo de un árbol.

“Lo que voy a hacer”, pensé, “va a ser saltar silenciosamente esas tapias”. “De esta manera, no molesto a nadie. Duermo hasta el alba, y a las cinco y media ya estoy listo para decir misa en la capillita.”

Efectivamente, logré saltar la tapia, habiendo echado mi equipaje por delante, y rompiendo en la acrobacia el cristal de mi reloj de bolsillo. Pude oír en aquel momento, o así me lo pareció, un cuchicheo en sordina, pero estaba para entonces demasiado cansado para darle importancia; y al cabo de pocos segundos estaba ya sumido en profundo sueño. Pero no por largo rato, ¡pobre de mí! Bien pronto me despertó una procesión de pesadilla,



Paraguas, bastones, palos, mangos de escoba, candeleros, asadores y otros utensilios indefinidos, de cocina u otros usos, tajantes o contundentes, todos convergiendo sobre el intruso de mí.



digna de la cueva de Montesinos: antorchas, lámparas de aceite, velas, linternas de mano, cualquier cosa que pudiese brillar, había sido enlistada en la procesión para aquella búsqueda nocturna; y a sus distintas llamas, resplandores, centelleos o pestaños que fueran, pude contemplar en hórrida visión una igualmente variada panoplia de armas primitivas, apresuradamente convocadas para la ofensiva: paraguas, bastones, palos, mangos de escoba, candeleros, asadores y otros uten silios indefinidos, de cocina u otros usos, tajantes o contundentes, todos convergiendo sobre el intruso de mí, todos buscando al ladrón que se había introducido subrepticamente en el recinto sagrado al amparo de las tinieblas.

Cuando, por fin, se disipó el equívoco, para alegría suya y alivio mío, hice esta solemne promesa, y que conste que no tengo intención alguna de quebrantarla bajo circunstancia alguna:

“La próxima vez que me encuentre en una noche oscura abandonado ante la verja de un convento en una carretera, nunca en jamás de los jamases irrumpiré en esos sacros recintos, sino que agitaré furiosamente la campanilla hasta que se parta el alambre. Si esto no da resultado, aporrearé la cancela hasta que me duelan los puños o se raje la chapa. Si esto no basta, daré voces a pleno pulmón, parando a todos los carros de bueyes que pasen por la carretera y sobornando por quince céntimos a los carreteros para que coreen mi gritería. Y si aún esta escandaletera no bastara, recurriré a disparar hasta doce tiros al aire con una pistola del calibre 0.22. Y, por fin, si aún esto no fuera suficiente.... ¡bueno!, para entonces debería haber salido el sol.”



Pero, volviendo a cosas más serias: debemos reconocer que no hay miseria humana para la cual no se haya fundado una u otra Congregación de monjas. Cada una de esas variaciones se dedica a un distinto matiz en el enorme programa: huérfanos, viejos, leprosos, ciegos, sordomudos, incurables, convalecientes, paganos, lapsos, catecúmenos, neófitos, moribundos, desesperados..., en fin: toda la infinita gama de variaciones humanas a las consecuencias del pecado están representadas allí. Uno se pregunta por qué la Iglesia tardó tanto en traerse a las vírgenes de Dios al campo de misiones. Actualmente debe de haber unas veinte mil monjas en la India. Solamente durante los años que yo pasé allí, su número se triplicó; y me dicen que sigue creciendo todavía. Y su presencia es un radiante testimonio a aquella fe que “encuentra su testimonio en el Amor”, como escribe San Pablo a los Gálatas.



Pero, lector, no te dejes arrastrar por el entusiasmo, ni caer en éxtasis delante de esa conmovedora demostración de amor cristiano. Y te prevengo que debes estar especialmente en guardia cuando vayas a visitar un asilo, un orfanato, un lazareto, un dispensario o algo así. ¡Ay de vosotros si un mero brillo en vuestros ojos os traiciona delatando aprecio o emoción! Si queréis un consejo, helo aquí: pasad por esas crujías de los hospitales, circularad entre esas



Ese es el exquisito lenguaje de la caridad cristiana. Pero, ¡ya, ya! Cuando las monjitas bajaron del avión después de haber instalado en su asiento a mi lado a mi protegido, y cuando aquellos ojazos abiertos de par en par (bien sabéis que hay una ley de compensación de los sentidos) vieron cerrarse la puerta del avión, y cuando el pasajero se encontró abandonado a su destino por sus queridas Hermanitas, en un ambiente tan extraño y confinado, escoltado por un desconocido barbudo y, sobre todo, cuando yo, en cumplimiento del reglamento de vuelo, intenté ponerle el cinturón de seguridad, el lobato aquel empezó a patear, a rebullir y a berrear con todas sus fuerzas. Jamás habría yo imaginado que un mudo pudiese emitir tales potentes y agudos chillidos que ahogaban hasta la insignificancia el rugido de los motores. Para mi buena ventura, algunos voluntarios de entre los pasajeros acudieron en mi ayuda, y gracias a un esfuerzo combinado, logramos reducir a nuestro vocinglero rebelde al cumplimiento del “abróchense los cinturones” y a la inmovilidad.

Muy oportunamente llegaron aquellos chicles y caramelos con que le obsequian a uno al momento del despegue, y gracias al hecho de que estuve constantemente suministrando materia masticable a aquella implacable boca, privada de lenguaje, sí, pero superdotada de sonido, aquel inarticulado griterío se fue apagando, y finalmente mi pasajero se quedó dormido.

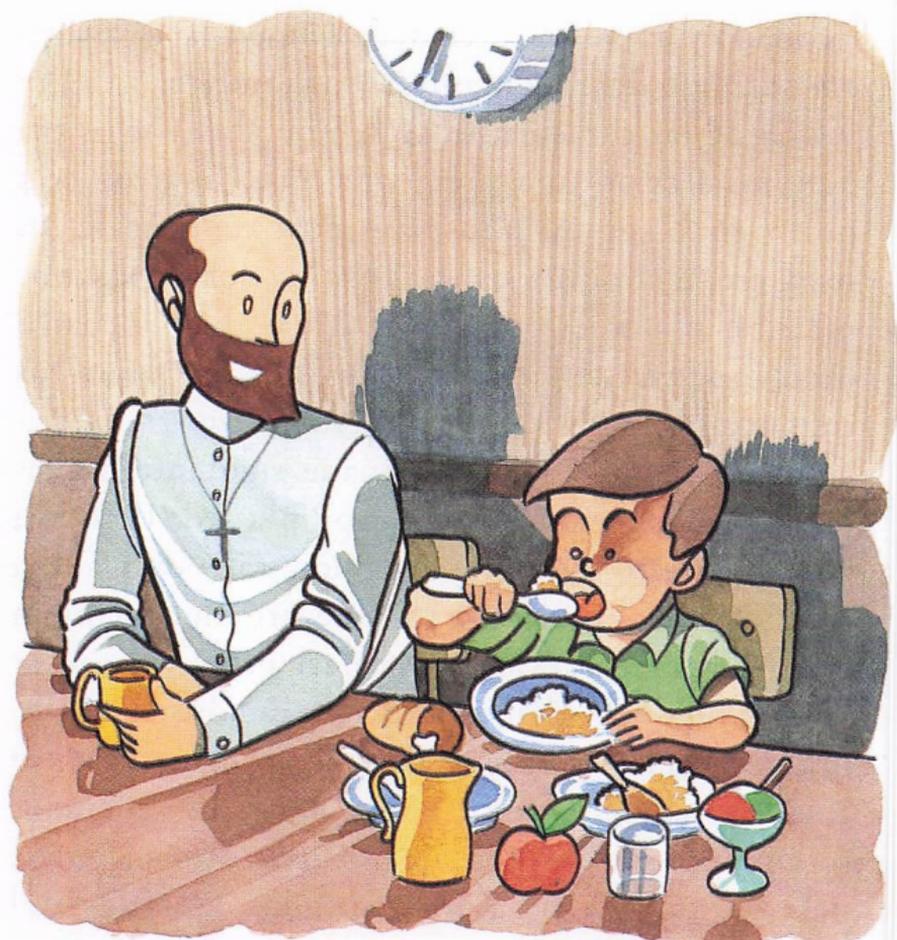
A media noche aterrizamos en Nagpur. Para entonces ya me había yo conquistado la confianza de mi pequeño Parsi, quien saltando a tierra, aferró

mi mano y ambos nos echamos a andar en la oscuridad, camino del restaurante del aeropuerto.

Una de las características de aquellos vuelos era que nos servían una succulenta cena de arroz con pollo en Nagpur. Pero para mala ventura de los pasajeros eclesiásticos, la hora de servir los humeantes platos era alrededor de las doce y cuarto de la noche, y siendo lo que eran en aquellos tiempos las reglas del ayuno eucarístico, si queríamos decir la Misa a la mañana siguiente, teníamos que saltarnos el tentador platito. Pero mi pequeño Parsi, naturalmente, no estaba obligado a restricciones cristianas, así que arremetió con su pollo, luego arremetió con el mío, y cuando ambos bípedos, amén de doble ración de arroz, postre y helado, habían desaparecido ya camino abajo por aquel gznate voraz, ahora tan silencioso como atareado, el viajero, tenedor en ristre, paseó unos ojazos ávidos por las mesillas del entero comedor, dispuesto, por lo que se veía, a reanudar el ataque si le invitaran, y sin dársele una higa de aquellos altavoces que iban entretanto anunciando:

—¡Atención! Avión procedente de Calcuta: aterriza dentro de cinco minutos... Avión de Bombay... Avión de Nueva Delhi...

Y ¿cuál de aquellos aviones sería el primero en reemprender el vuelo de vuelta? Yo le estaba rezando a mi querido San Antonio que el primero fuera el de Calcuta. Pero era como cuando aquella niña le pedía al Señor que Copenhague fuera la capital de Hungría... porque acababa de escribirlo así en el trabajo de exámenes. Y, efectivamente, de pronto los altavoces dejaron caer la temida bomba:



GENER

Así que arremetió con su pollo, luego arremetió con el mío...

—¡Atención, por favor! Avión con destino a Bombay, despegando dentro de diez minutos.

Así de la mano de mi cargamento humano y me lancé de nuevo a la oscuridad.

—¿Avión para Calcuta? —pregunto al primer bulto semoviente con que me topo.

—No, no; es el de Bombay el que está a punto de salir. ¡Que es tiempo ya! Corra, corra, allá está.

—¡Sí, lo sé! Pero lo que quiero ahora es el de Calcutaaaaa...

Por fin lo localicé en un apartadero. Una alta escalerilla descansaba sobre su vientre abierto, por donde se iba engullendo las sacas de paquetes que varios empleados le estaban echando.

—¡Amigos! —grité desde abajo, entre los rugidos de motores en marcha—. Aquí hay un chico sordomudo destinado a Calcuta. No hay nadie que se encargue de él excepto ustedes, señores ¡Allá va! ¡Auuúpa!

Qué es lo que pasó después, yo no lo sé. Pero qué es lo que va a pasar la primera vez que me encuentre delante de esas enternecedoras escenitas de dulces monjitas cuidando a pobres huerfanitos, o enfermitos, o viejecitos.. y demás, eso lo sé yo muy bien. No voy a contentarme simplemente con adoptar un aire de suprema indiferencia, con una cara como una pared de ladrillo, sino que voy a poner una facha lo más feroche que sepa, positivamente hostil y perversa, no ya como la de un perro de presa, sino como la de uno de esos ateos que vomita fuego, bebe exclusivamente ácido sulfúrico y se alimenta tan sólo de filetes de arcediano. Pues ¡no faltaba más! Si tengo la debilidad de delatarme con una sola mirada tierna o cualquier gesto de humanidad, la próxima vez me obliguen a hacer de niñera a un trío de trillizos budistas, llorones y cascarrabias, desde Bangkok a Manila. ¡Y eso no!, ¡absolutamente no!, ¡eso no se repetirá otra vez!



Después de todo, la sonrisa final, ya la recibirán ellas de su Divino Maestro...



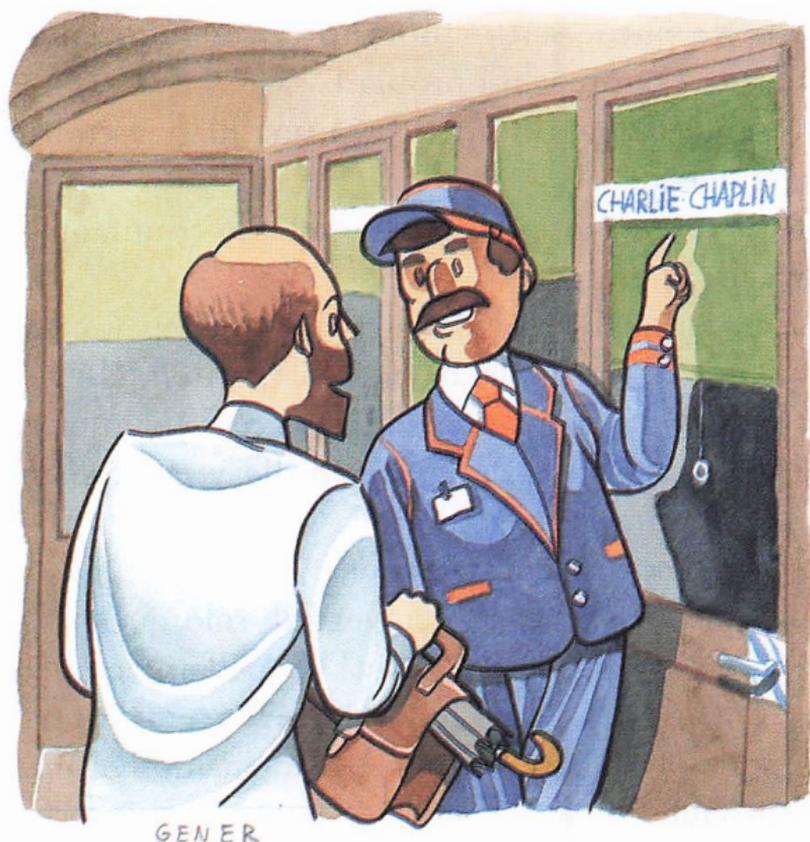
ACERCA DE ALGUNAS SEÑALES VISIBLES DE LA VERDADERA CRISTIANDAD

Si un día os vinierais por la India y al apearos de vuestro avión, barco o tren, quisierais ser conducidos a la Iglesia Católica, no le digáis al cochero simplemente: “¡Iglesia Católica!”, porque la mayor parte de las veces iréis a parar al pórtico de la iglesia protestante.

—Pero, ¿cómo es eso? —me preguntáis—. Nosotros hemos creído siempre que la misma denominación de “católica” era ya señal distintiva y suficiente.

Un misionero nuestro de la India del Norte, quien en aquellos tiempos de dominio británico poseía un “pase” gratuito para los ferrocarriles como capellán de los católicos de la compañía, me contó que una vez había reservado por teléfono un compartimiento de primera clase para un largo viaje. Era el procedimiento normal y nunca le había fallado la reserva; invariablemente solía encontrar su asiento y litera exclusivamente reservados para él; además, un letrero colgado del exterior del carruaje ostentaba su nombre escrito en letras cubitales.

Seguro, pues, como estaba de obtener un espléndido servicio, el buen Padre había cenado tranquilamente en nuestra casa y, con suficiente tiempo por delante, se dirigió a la estación.



Allí estaba la reserva en verdad; sólo que en vez de leerse “Catholic Chaplain” se leía... “Charlie Chaplin”

Allí le esperaba un gran desengaño. Lámpara en mano recorrió de arriba abajo todo el tren, pero no encontró ninguna señal de reserva. ¿Cómo podía ser eso?

Se fue inmediatamente al Jefe del tren y presentó una severa queja contra aquel inexplicable fallo.

—¿Cómo? ¡No puede ser! —exclamó el Jefe—. ¡Si yo mismo he escrito el tarjetón de reserva! Y es imposible que se haya permitido nadie meterse con un documento de mi jurisdicción tan serio.

—Y sin embargo, acabo de recorrer el tren varias veces y no he logrado localizar mi reserva.

—¡No puede ser! —protestó el veterano jefe—.
Déjeme examinar mi propia lista.

Se caló las gafas, se fue bajo una luz y escudriñó sus apuntes.

—¡Aquí está usted, Páter! —exclamó triunfante—.
Véngase conmigo.

Empezaron a recorrer los coches otra vez y, efectivamente, hacia la cola de aquel largo tren, el jefe se paró enfrente de un compartimiento, señaló el tarjetón que colgaba de la ventanilla y cortésmente dijo al Padre:

—Aquí está su reserva, señor.

Allí estaba la reserva en verdad; sólo que en vez de leerse “Catholic Chaplain” (Capellán Católico), se leía algo ligeramente diferente: “Charlie Chaplin” (o Charlot, como le llamábamos en nuestra juventud).



¿Veis cómo no podéis confiar demasiado de esa palabra clave de vuestra ortodoxia al llegar a un muelle, a un andén o a una pista?

Entonces, ¿qué es lo que debo decirle al cochero, carretero o taxista?, ¿cuál es el santo y seña?

En el Sur India es el siguiente: “Madha Kovil”, lo que quiere decir “La Iglesia de la Madre”, o sea la Iglesia de la Virgen Santísima.

Sin duda ninguna ha sido el sentido común de los indios el que ha inducido a esos amables gentiles a atribuir esa característica mariana a nuestras iglesias. Así que, cuando lleguéis a suelo indio y tengáis prisa de ir a cambiaros y oír o decir la misa domin-

guera, o recibir la Comuni3n ya bien entrado el d3a, aseguraos de que no se os pasee por toda la ciudad antes de llegar a la Iglesia del Sagrario, y para eso gritadle al boyero: "Madha Kovil", "¡A la Iglesia de la Madre!".



Ya que Dios decidi3 dar un tinte de ternura humana a la Obra de la Redenci3n, escogi3ndose una Madre para s3 y acabando por entreg3rnosla como nuestra, este conmovedor aspecto del cristianismo ha herido la imaginaci3n india de tal modo que el distintivo mariano es para ellos el distintivo decisivo.



Mis colegas salesianos empezaron a trabajar en la India solamente despu3s de la Primera Guerra Mundial, de modo que le parece incre3ble a cualquiera que en tan breve intervalo de tiempo, la Virgen Sant3sima les haya asociado tan activamente a su inter3s maternal por los humildes y los pequeñuelos: el hecho es que han levantado ya en Shillong (Assam) una soberbia catedral dedicada a Mar3a Auxiliadora de los Cristianos en una de las m3s espl3ndidas posiciones que se puede imaginar. La catedral levanta su hermosa estructura sobre una colina, hasta cuyo pie os conduce una doble escalinata que acaba en una graciosa cripta en frente de la cual, un jard3n engarza las estaciones del V3a Crucis y las corona con el grupo escult3reo de la crucifixi3n.

Hay también cerca de Calcuta un antiquísimo Templo-Fortaleza, el Santuario de Nuestra Señora del Buen Viaje de Bandel, meta de incesantes peregrinaciones, que ha sido confiado a los Hijos de Don Bosco por un extraño eslabonarse de acontecimientos providenciales. Aquel glorioso santuario mariano cuyas piedras rezuman historia misionera y sangre de mártires, había sido, en tiempos idos, un verdadero puerto de refugio regentado por los nobles Hijos de San Agustín, adonde acudían desde mares procelosos las carabelas lusitanas, mitad mercantes mitad misioneras. Nuestros Hermanos inmediatamente establecieron allí una corte de pajes de honor para nuestra Reina, donde varios centenares de muchachitos indios se preparan hoy a ser los misioneros de su patria.

Hay aún otras “Madha Kovils” que Ella nos ha confiado. Allí tenemos en Madrás el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, con su doble iglesia, santuario y cripta, para uso simultáneo de los fieles en diferentes lenguas; meta de peregrinaciones marianas, que en días marianos abarrotan la plaza y las azoteas y la doble rampa.

Y allí está, sobre todo, en la ciudad de Bombay—“urbs prima in Indis”— aquella rica joya del Santuario de María Auxiliadora, construido por un querido colega mío, el más fenomenal trabajador que yo he conocido sobre la tierra, el querido Padre Maschio, quien fue nuestro aliento y sostén en los días negros de la guerra; aquel buen misionero habría podido, fácilmente, llegar a ser Presidente de una General Motors o algo así, pero eligió dedicar sus energías a trabajar por la juven-

tud de la India y coronar su obra con aquella joya mariana (*).

Pero no son los mármoles, vidrieras y mosaicos lo que atrae la atención de los ángeles de Dios, sino los innumerables fieles que constantemente asedian aquel Santuario para recibir allí la fuerza y purificación, el refugio y la paz, en la comunión del Pan Divino y de la plegaria.

Hace algún tiempo, uno de nuestros misioneros del sur de la India, habiendo vuelto a Europa para un período de descanso, se aventuró a peregrinar hasta Italia meridional para recibir la bendición y la palabra animadora del Padre Pío. Cuando nuestro misionero, después de haberse confesado con él, pidió un consejo para sus cristianos añadiendo que los pobrecitos, a pesar de todos sus defectos, querían mucho a la Virgen Santísima, aquel hombre de Dios exclamó:

—¡Oh!, ¿le quieren a la Virgen Santísima? Entonces no se preocupe, Padre, que todo irá muy bien!

Lo sé muy bien que esto les parecerá algo extravagante a algunos; y, sin embargo, nosotros sabemos muy bien que el amor hacia Nuestra Señora, bien lejos de disminuir la lealtad a Jesucristo, no es sólo un mero distintivo de cristianismo, sino una garantía de fidelidad a su doctrina, a su amor y a su servicio.

Y si no hubiese estado yo convencido de esta verdad, el impacto de las Filipinas me habría obliga-

(*) Desde que esto se escribió el Santuario de María Auxiliadora en Matunga-Bombay ha gozado la excepcional distinción de ser visitado por S. S. Paulo VI durante su peregrinación a la India con motivo del Congreso Eucarístico Internacional de Bombay.

do a reconocerlo. Porque aquí tenéis a una nación con un número de católicos dos veces y media superior a los de toda el Asia y disponiendo en cambio de la mitad de los sacerdotes que hay en la sola India; ahí tenéis a una nación privada de Pastores por décadas y décadas, sometida a la presión de una propaganda anticatólica por casi setenta años, con tres ministros protestantes en servicio activo por cada sacerdote católico, con una iglesia empobrecida, y confrontados con una proselitización protestante sostenida por un torrente de oro y un prestigio de poder desde América; y sin embargo la nación filipina se mantiene firmemente católica.

Y si vais a estudiar las raíces de la historia de cada conversión individual, hallaréis que probablemente fue esta atracción hacia “la Madre” la que condujo esas almas a la Casa paterna de la Iglesia; fuera ello el caso de la pobre mujercita hindú que una vez se adelantó hacia la estatua de la Virgen durante una procesión para ofrecerle unos granitos de incienso, hasta entonces reservado para sus ídolos e imploró su protección, y la experimentó en su salud o en sus tribulaciones, y finalmente en aquel impulso que le llevó al Cristianismo; o fuera el caso tal vez del protestante indeciso aún que no pudo aguantar con indiferencia la ternura de aquella mirada, la hondura de aquella llamada, el escalofrío de aquellas últimas palabras de Jesús al hombre: “¡Ahí tienes a tu Madre!”.





EL PADRE FELIP

(El curtido misionero español)

Hace algún tiempo, volviendo de nuestro Cuartel General en Turín, me encontré viajando a lo largo de la Costa Brava, lo que me hizo pensar que si hoy tenemos aquí un turismo de fuera hacia dentro, nosotros habíamos tenido ya turistas evangélicos de dentro hacia fuera mucho tiempo antes. Y uno de nuestros “turistas” misioneros que se nos vino a nuestro soleado North Arcot desde la Costa Brava era el buen Padre Felip. *Táaan; tan, tan, táaam; tan, tan, táaam...* me iba rebotando en la mente mientras recorría aquella maravillosa costa. Esa música la sabe leer cualquiera. Pero lo que no se puede imaginar cualquiera es la magia que se opera en cualquier hijo del Ampurdán cuando taconeáis el ritmo de una sardana.

A decir verdad, el Padre Felip había ido rodando por todo el mundo, Inglaterra, Sur Africa, Australia, antes de aterrizar en nuestra Misión; pero a pesar de haber agujereado tantos meridianos, cada vez que venía a mi Misión, y, a pedido suyo, yo me sentaba al desvencijado piano y arremetía con una sardana, el viejo misionero se transfiguraba; el codo apoyado sobre el piano, su magnífica blanca barba fluyendo desde el hueco de su mano hasta la partitura, parecía estar en un trance; las hondas arrugas de aquella piel architostada por el sol

indio se convertían en un misterioso texto antiguo escrito en la grafía de unos surcos de tiempo, de sufrimiento, de renunciaciones ignotas que nadie habría conocido jamás.

—¡Ay, Padre José Luis! —exclamaba—. Hay una sola cosa en el mundo que podría hacerme perder la vocación.

—Y ¿cuál es ésta, Padre Felip? —le preguntaba yo con verdadera curiosidad.

—¡Las sardanas, hombre! ¡Las sardanas!

Yo no sé si habría podido afirmar lo mismo de los “zortzikos”; pero, las sardanas... ¿qué encanto le arranca a un hombre de su tierra natal para lanzarle a las aventuras de Dios, y qué otro encanto le sigue encadenando a ella a diez mil kilómetros de distancia, aun después de cuarenta años de misionar, con una atracción irresistible, como la de esos salmones que después de bogar a sus anchas por el infinito Océano Pacífico, se sienten impulsados a volver a las fauces del río Columbia y a remontarlas, 100 kilómetros corriente arriba, saltándose las cascadas a redropelo para llegar a morir en aquella misma hoyita de donde partieron microscópicos como angulas?



Para desgracia de la salud del Padre Felip, él era uno de esos que creen que una banana equivale a diez o veinte patatas, y cosas por el estilo. Muchas veces he pensado quién habrá puesto en circulación tal suicida infundio dietario hasta en las Misiones; el Padre Felip, con el transcurrir del tiempo, iba a ser víctima de esos “slogans” culinarios. Cuando le

visité en su Misión de Palikonda por primera vez, su chocita (he dicho “chocita” y no tengo nada que corregir, porque efectivamente estaba viviendo en una estructura indígena de paja y barro) estaba bien abastecida de sacos de cacahuets.

—Pero ¿qué es esto, Padre Felip?, ¿se ha echado usted a negocios de importación y exportación?

—Ya verá usted —me dijo en tono doctoral—, ésta es mi dieta; las calorías de un aráquido equivalen a...

—¡Tonterías! —protesté yo—. Nada iguala a un jamón serrano.

—Debo confesarle con todo —añadió—, que estos cacahuets me están trayendo al retortero. Cada noche parece que se desencadenan aquí todas las plagas de Egipto, ya que en este cuarto se dan cita todos los ratones y ratas de los alrededores y atacan a los sacos con tal furor que esto parece la III Guerra Mundial. Y no es el daño que puedan causar a mis provisiones lo que me preocupa, sino que es imposible dormir con aquel pandemónium. ¡Chico!, hace ya varias noches que no puedo pegar ojo.

Por una parte, yo me alegraba, en el fondo, de que aquellos roedores le destruyeran sus míseras vituallas, pero, efectivamente, el rostro ya demacrado del Padre Felip acusaba una gran falta de sueño, y aquello era feo.



Una de las últimas funciones a que asistí en la Capilla de su Misión, fue una confirmación dada por el Arzobispo. El Padre Felip iba llamando a



En este cuarto se dan cita todos los ratones y ratas de los alrededores.

sus soldaditos de Jesucristo con resonante solemnidad, como si fueran gregarios de la Legión Tebea:

—“Lino. Cleto. Clemente”...

—Padre Felip, si esto parecen las catacumbas. ¿De dónde se ha sacado usted unos nombres tan combativos?

—Pues del Canon de la Misa, hombre.

Así era en verdad. Aquellos nuevos y salerosos soldados de Jesucristo iban ostentando en perfecto orden canónico los grandes nombres de los Campeones de la Fe.

Por lo que a mí se refiere, yo le estoy personal-

mente muy agradecido por haberme dado la piedra fundamental de nuestras varias imprentas en la India del Sur. Desde el principio de nuestra Misión allá por el mil novecientos treinta y tantos, habíamos soñado en tener imprentas para difundir la Palabra de Dios; hasta el punto de que habíamos adoptado como jaculatoria —sin indulgencias, ¡ay!— la siguiente aspiración: “Jesús, José y María, dadnos una tipografía”. Pero el Padre Felip se nos había adelantado a todos. Efectivamente, tenía una diminuta imprentilla a mano, de esas que llaman “Boston”, suficiente tan sólo para publicar volantes para su Misión y propaganda. Y amén de ello, poseía unos cuarenta kilos de plomo y antimonio en tipos de imprenta de diversos cuerpos.

Lo confieso: siempre codicié aquel tesoro. El buen Padre Felip lo sabía; y un buen día me lo entregó todo para hacerme feliz. Y con eso empezamos nuestras actividades tipográficas (que hoy han florecido en Linotipias, Italtipias, Monotipias, Heidelbergers, Nebiolos...). En señal de gratitud, y un poco en tono de guasa, mis seminaristas dieron a aquella rudimentaria imprentilla el pomposo título de “Felip Press” o “Imprenta Felip”.

Pero mis más grandes sinsabores en las Misiones han tenido todos alguna conexión con imprentas (¡hasta se nos llegó a quemar una rotativa una vez!) y ni siquiera aquellos humildes albores de nuestra actividad tipográfica iban a estar exentos del signo de la contradicción; he aquí cómo sucedió:

El día en que el buen Padre Felip me hizo heredero universal de su complejo tipográfico, estaba yo de vuelta hacia mi Misión y Seminario de

Ti rupattur, contento como unas castañuelas, y llevando conmigo otro extraño equipaje además del metal aquel, es decir, un enorme rollo de cuero para remendar los zapatos de mis seminaristas.

—Esperamos que no tenga usted muchas peripecias en el camino —me auguró el buen Padre.

Y efectivamente, su agüero me rondó todo el viaje. Aquel cuero y aquel plomo me iban a amargar la vuelta. Coloqué todo aquel pesado metal en la maleta y me dirigí a la estación.

Primer tropiezo: los mozos de cuerda se rehúsan a transportar el rollo, porque el cuero de vaca es tabú para los hindúes, y aunque los ganapanes aquellos bien poquito tenían de dandis perfumados, no querían contaminarse con aquel cargamento impuro. Cargué yo con él, pues, y lo deposité en mi carruaje; y bien pronto, poco a poco, todos los ocupantes de mi compartimento de tercera, que ya estaba abarrotado, empezaron a escabullirse uno por uno hasta dejarme a mí solo en mi espléndida contaminación; ¡no hay mal que por bien no venga!, pensé yo.

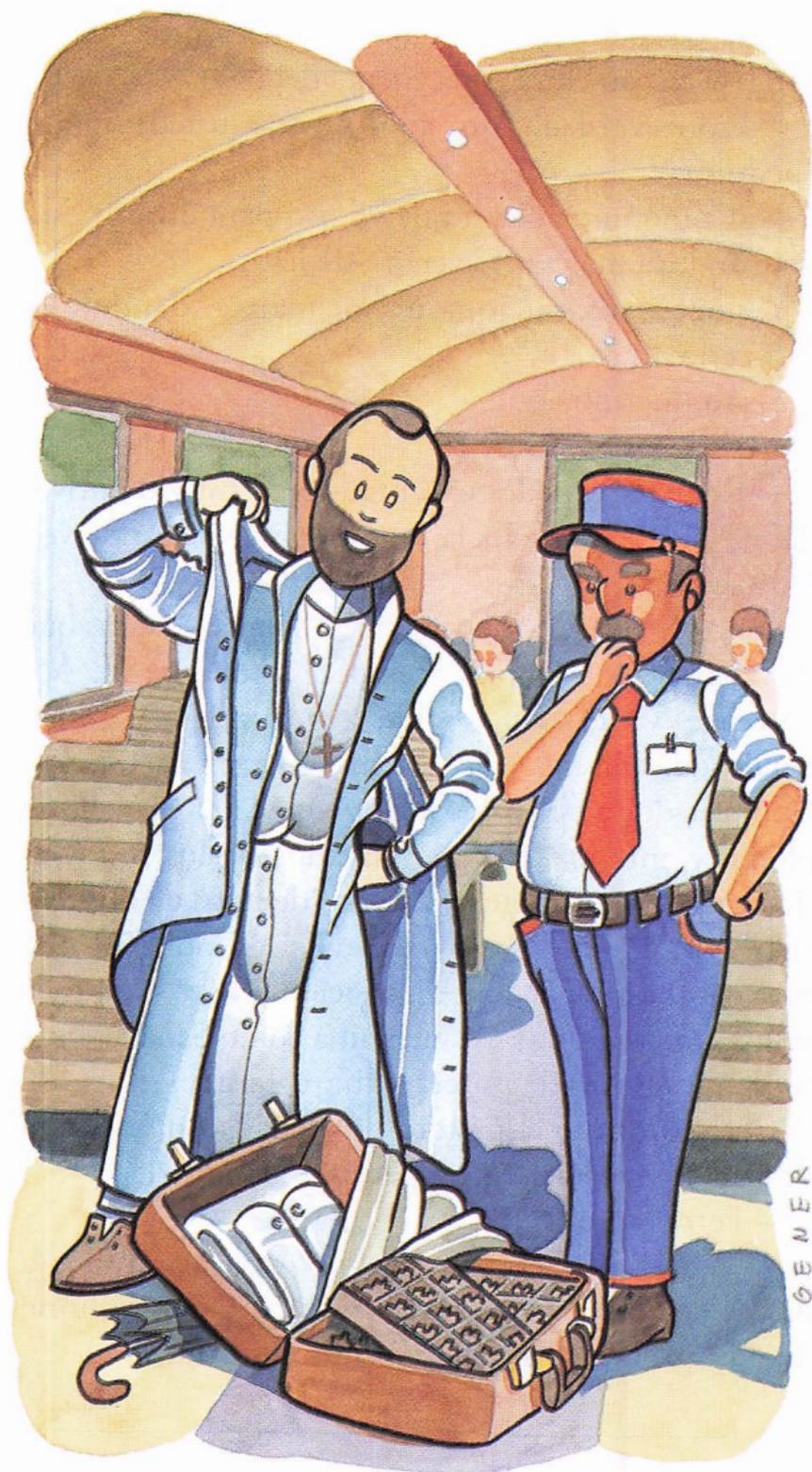
Pero algo más tarde tenía yo que cambiar de tren en una estación de empalme, y, por lo que se ve, mientras cambiaba de andén, uno de los mozos hindúes me delató al interventor:

—Usted tiene exceso de equipaje, señor.

—Pues ustedes deberían decirme eso al principio del viaje y no a la mitad.

—¡Reglas, son reglas! —dijo el guardián de la ley ferroviaria—. ¡Hay que pesarlo!

—Señores, esperen ustedes un poco —dije yo—. El reglamento de los Ferrocarriles Indios concede



No sé si un traje espacial pesará tanto.

a cada pasajero llevarse consigo su camita o “bedding” y eso no entra en la cuenta del peso.

—Eso es verdad. Pero aquí no trae usted ningún “bedding”.

—¿Cómo que no? Lo que yo uso para dormir está dentro de la maleta. Ya verán ustedes.

Y empecé a sacar ropa de mi maleta, dándole la forma de un rollo.

—¡Yo duermo aquí!

—¿Pero qué es esto?

—Respeten ustedes el santuario de mi vida privada. ¿Qué saben ustedes la ropa que uso yo cuando voy a dormir?

Luego... empecé a sacar las varias sotanas blancas que llevaba, sucias o limpias, y empecé a ponérmelas. Me puse, pues, varias sotanas sobre la que ya llevaba y encima de todo aún me revestí de mi impermeable inglés. Completado ya este paludamento tomé una manada de plomo y ante los ojos aterrorizados de los ferroviarios empecé a introducir puñados de tipos de imprenta en cada uno de los catorce o dieciséis bolsillos que para entonces tenía a mi disposición. No sé si un traje espacial pesará tanto; yo me sentía como Sancho entre los paveses, o un pajecito bajo la armadura de Patroclo, o como el pastorcillo David con la coraza de Saúl. Pero aguanté, con fiereza en la mirada.

—Pero Padre...

—¡A callar! ¿Quién les autoriza a ustedes a meter las narices en mis bolsillos? ¡A pesar ahora! ¡La “Imprenta Felip” había sido vindicada!



El Padre Filip murió (a los sesenta años, de tuberculosis) en el Cabo Comorín, la última punta meridional de la India, allá donde tres mares mezclan sus olas y depositan tres diferentes arenas, blanca, roja y negra, sobre la playa solitaria.

Yo no habría nunca tolerado que nuestro querido pionero se quedase a esperar la Resurrección tan lejos de su familia salesiana; así que ordené por telégrafo al Superior de nuestra Residencia más cercana a Comorín que trajera sus despojos cerca de su querida Misión

Y así se hizo. Desafiando varias fronteras, controles y aduanas, llegó el ataúd en el portaequipajes de un taxi. Pero setecientas millas de mala carretera bajo aquel sol de mayo imposibilitaron posponer los ritos fúnebres, ya que el cadáver se estaba volviendo al polvo indio muy de prisa. Y aunque era ya casi la media noche, hicimos tañer la campana (regalo del Padre Felip), se levantaron de la cama nuestros seminaristas indios, y a la luz de las antorchas y a la cadencia gregoriana de las preces, depusimos los restos del viejo guerrero a descansar en nuestro cementerio de familia.



Y como había dicho San Pablo que Dios tenía preparada una corona no sólo para él sino para todos los que como él esperaban su llegada, le pusimos este epitafio: “Esperó tu llegada”.



ESPECTROS Y DUENDES

Probablemente se debe a la impresión aplastante que se experimenta al contemplar por primera vez la mole de un templo hindú; aquel ensayo bárbarico en acumulación masiva de sillares, más apropiado para aprisionar al alma, como las Pirámides, que para lanzarla como desde rampa hacia los cielos, ha debido de sugerir a nuestros amigos de Occidente que con sólo venirnos a la Hindulandia vamos a estar en contacto diario y en lucha visible con los poderes de las tinieblas, los cuales, sin duda, deben de anidar en las mil cavernas acechadoras de aquellas torres sombrías de las pagodas.

El hecho es que cuando salí de Inglaterra para la India, un amigo mío de Oxford que había perdido la fe, pero que todavía creía en mí, me pidió este singular favor:

—Ahora te vas a la India. Dicen que allí el diablo anda suelto. Si un día te encuentras con un caso de intervención diabólica, comunícamelo. Te lo agradeceré en el alma.

Yo siempre he creído que el viejo Pateta conoce procedimientos muchos más provechosos de prosperar en su negocio que el de piruetear por ahí dándonos exhibiciones de sensacionalismo. De todas maneras, se lo prometí con toda formalidad, y nunca tuve la menor intención de faltar a mi promesa.

La primera ocasión que se me presentó fue cuando el Padre Laddy entró corriendo desalado en mi Misión, poco después de mi llegada a la India del Sur, y se dejó caer en una silla exhausto de fuerzas, tras su forcejeo con unos espíritus malignos que le estaban quemando docenas de chozas de su pueblo de Odiyándaram. Pero eso lo habréis leído tal vez en el capítulo 4* que titulo *Mi vecino, el Padre Laddy*. Algo más tarde tuve en mi Misión como huésped al Vicario General de una Diócesis de la India del Sur. El venerable eclesiástico me contó haberse encontrado con ejemplos de posesión diabólica y, entre otras cosas, me narró cómo un virtuoso clérigo de su Diócesis había sido enviado por la Curia a echarle los exorcismos.

Y hete aquí que cuando el exorcista equivocaba el acento de alguna palabra latina (y eso no es nada extraordinario entre la emoción del momento y el hecho de que rarísimas serán las veces en que nos llamen a pronunciar exorcismos) el demonio le llamaba la atención y le corregía muy eruditamente... Sería interesante imaginarse la escenita:

— *Tibi impéro, maledicte diabóle...*

— ¡Mejore sus acentos, Reverendo!, *impero, impero* — gritaría el diablo.

(Y en este caso tal vez el Reverendo habría exclamado, como en la vieja historia: “¡Pues tiene razón!, ¡que es dativo!”)

Cierto que ni aun en este caso me creí suficientemente justificado para comunicar este incidente a mi amigo de Oxford. Además, el acuerdo era que

(*) Nota del Editor: publicado en *Urdimbre 1*

“¡Pero qué distraído es este compañero mío!, en vez de llamarme a mí ha ido a despertarle al catequista”. Y se fue a dormir otra vez).

No, nada de cuentos inventados. El caso es que aquella noche, antes de dejarme caer en una esterilla para unas cuantas horas de descanso, mis ojos, por muy cargados de sueño que estuvieran, no pudieron dejar de notar la presencia de un piano en un rincón de mi cuarto. ¡Bueno! mientras se quedara en paz, un piano no me quitaría el sueño.

Y sin embargo... yo habría jurado no haber dormido ni siquiera media hora, cuando me desperté a un persistente “Tlon, tlon, tlon..” contestado a intervalos por un argentino “Tlin, tlin, tlin...” Alguien estaba tocando el piano en la oscuridad.

—¡Oh! —pensé yo—, mi colega ha inventado un modo peregrino de despertar a sus huéspedes: a toque de piano. Pero ¡qué noche tan corta!—. Así que respondí: “¡Deo gratias!”, como tenemos por costumbre todas las mañanas al despertarnos, y me dispuse a levantarme.

Pero el piano seguía tocando: “Tlin, tlin, tlin...”, mientras las notas bajas respondían: “Tlon, tlon, tlon...”

—¡Ya está bien, hombre!, ¡ya he oído!, ¡muchas gracias! Estoy listo en un periquete.

Pero sin duda el ejecutor de aquella latosa diana no estaba satisfecho con mis protestas. “Tlin, tlon, tlin...” ¿Qué diantres podía ser aquello? Enfoco mi linterna al endiablado piano... el piano estaba tan cerrado como un ataúd, tan solitario como una ostra, y, sin embargo, tan persistente como una conciencia culpable. “Tlon, tlon, tlin, tlin, tlin...”

tlon". Mi ro el reloj: la hora fatídica: ¡las doce y media! ¿Habría duendes allá dentro?

Entonces empecé a hacer mis cálculos: si aquel artefacto ultraterreno comenzaba a avanzar hacia mi lecho, le esperaría escudado detrás de la cama de hierro, con las patas (de la cama, naturalmente) firmemente colocadas contra la pared. En cambio, si empezaba a levantarse majestuosamente en el aire como los misiles desde la rampa del Cabo Kennedy, aguardaría espionando la próxima maniobra, ya que, como no había en la alcoba chimenea francesa (¡ni falta que hacía!), no habría podido desvanecerse en el espacio y, supongo yo, habría debido aterrizar forzosamente, frustrado pero majestuoso, en el suelo, a la misma velocidad.

Pero ¡nada de eso!, el armatoste había decidido no moverse ni una pulgada de su rincón estratégico, y continuaba emitiendo aquellos alaridos que le helaban a uno la sangre,

A la mañana siguiente, cuando después de mi misa estaba yo saboreando una taza de café antes de escapar para alcanzar el tren de Calcuta, noté la presencia de una ratonera en un rincón del refectorio.

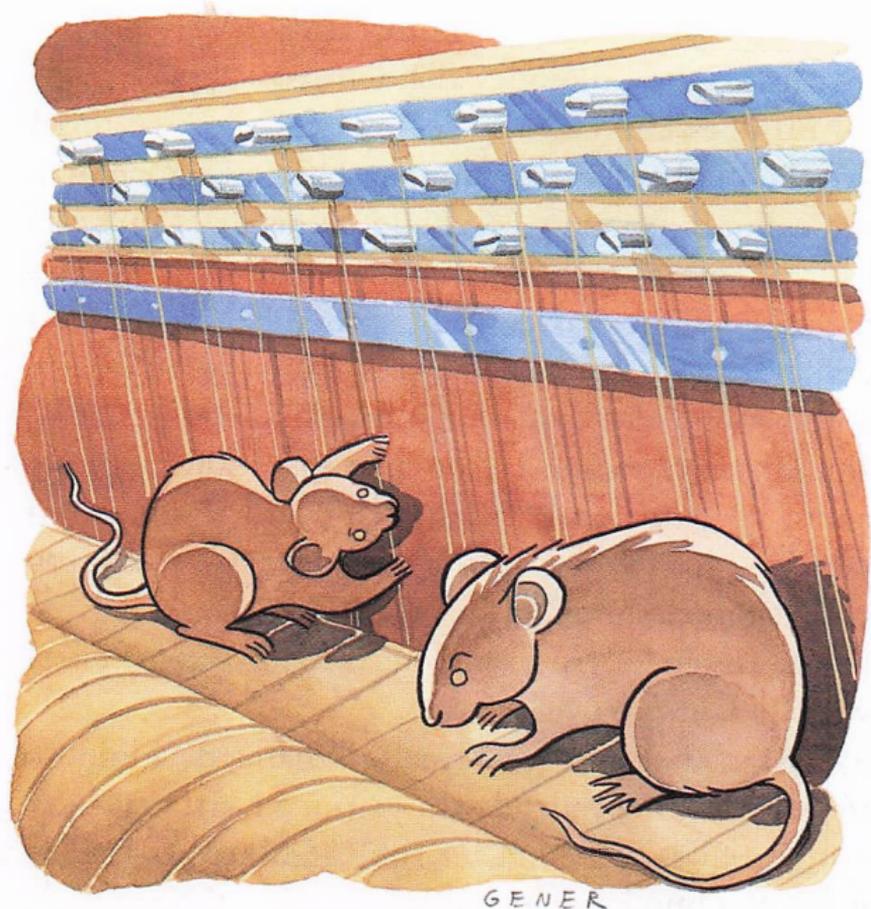
—Eh, Padrecito: ¿qué clase de cebo pone usted en sus ratoneras?

—Queso holandés —me respondió.

—¡Demontres! ¿Y cómo es que las ratas tienen el gusto tan estragado como para despreciar un bocado tan exquisito?

—¿Por qué lo dice? ¿También a usted le han estado dando serenata las ratas la noche pasada?

—Un poquito. Pero ahora me doy cuenta de que las pobrecitas deben estar aquejadas de dolores de



GENER

El armatoste continuaba emitiendo aquellos alaridos que le helaban a uno la sangre.

dentición, porque, si no, se deberían decidir por su excelente queso. En cambio, parece que algunas optan por mordisquear las cuerdas graves: “Tlon, tlon”, y éstas deben de ser los casos más desahuciados; en cambio las aquejadas de dolores menos agudos pre fieren las cuerdas más agudas: “Tlin, tlin”.

—Esta noche voy a poner otra ratonera en su mismo cuarto.

Pero ya para entonces había perdido toda esperanza —y todo interés— por aventuras con espíritus de verdad.



Y sin embargo, me estaba reservado para mi llegada a las Filipinas el poder encontrarme ¡por fin! con alguna historia ultraterrena verídica; sólo que con una diferencia sustancial: quiero decir, no se trataba ya de una intervención de algún agente grotesco y repulsivo, ni de sustos inútiles, ni de incendios malévolos, ni de comadreo indocumentados. Tratábase en cambio de una innegable intervención extraterrena, con la misericordiosa intención de hacer reentrar en el buen sendero a un alma descarriada y devolverla a la paz de Dios. Y en casos así, lo confieso, estoy predispuesto a aceptar el testimonio si bien, en el que nos ocupa, el testimonio era irrefragable.

El venerable Rector de una de nuestras universidades en aquellas islas, me contó la historia que le había narrado de sí mismo un Capellán militar australiano durante la guerra, poco antes de su muerte en campaña. No hay que maravillarse si también nosotros, los Pastores, necesitamos de cuando en cuando una llamada a nuestro antiguo fervor en el desempeño de nuestros sagrados deberes, lo mismo que los Pastores de Sardis y de Laodicea. Aquel buen Capellán contó de sí mismo con toda humildad que durante algún período de su vida no había sido muy fiel a sus obligaciones sacerdotales. Y fue por aquel entonces cuando recibió de sus hermanos en casa la alarmante noticia de que su madre estaba gravísimamente enferma. Inmediatamente salió en tren para aquel lugar lejano, y llegó preci-

samente a tiempo para asistir a su madre en sus últimos momentos, así que pudo cerrarle los ojos, y después del entierro y de las exequias, el sacerdote volvió a su Parroquia.

Sin embargo, pocos días después de su vuelta, comenzó a recibir inquietantes noticias de casa: “La madre se está apareciendo. No tenemos paz en esta casa después de su muerte. No es que la veamos. Pero estamos oyendo constantemente sus inconfundibles quedos pasos por la casa: igualitos que cuando estaba viva... ¿no podrías volver para animarnos en estos momentos de angustia?”

El Padre, después de haber intentado en vano disuadir a sus hermanos visionarios, tuvo que acceder a sus súplicas, y montó en el tren de nuevo para el largo viaje hasta su casa.

Trató de calmar aquella atmósfera de desasosiego con su presencia... Pero cuando llegó la noche...

Se había acostado a la hora acostumbrada. Y de pronto se empezaron a oír pasos: sosegados, suaves, característicos; era innegable, aquél era el andar de su madre; ¡eran sus pasos, inconfundiblemente!

Y los pasos siguieron avanzando hacia la alcoba del sacerdote, se hicieron más lentos a la entrada, y finalmente se pararon a unos cuantos decímetros de su lecho.

—¡Madre! ¿eres tú? —preguntó él con sangre fría.

—Sí, hijo mío —dijo la voz desde la oscuridad—. Dios me permite que venga a hablarte para decirte...

Y la voz le reveló secretos íntimos de conciencia que solamente podían brotar de fuente sobrenatural.

El Capellán militar siguió contando cómo hizo

definitivamente las paces con Dios y cómo su hogar volvió también a la paz de la normalidad.

Sé otros casos igualmente impresionantes. Y los creo todos; no sólo porque la seriedad de los mismos misioneros que me lo contaron (yo nunca fui digno de oír voces de lo alto) es incontestable, sino porque estoy predipuesto a admitir todo lo que venga a tratar de hacernos ver la inmensidad del amor misericordioso de nuestro Padre, Dios; pero como no fui yo testigo inmediato, no se los pude comunicar a mi amigo.



Ni hizo falta. Mi amigo de Oxford murió ya. Pero él mismo fue un ejemplo de cómo el amor compasivo de Dios nos persigue. Volvió a sus creencias. Y ahora que ha entrado en los misterios de Dios, sabrá muy bien que todos sus Misterios son consoladores, porque el Misterio de sus Misterios es que nos ame tanto a pesar de ser nosotros tan miserables. Su Misterio central, del cual brotan los otros, nos lo desveló El mismo: “Dios es amor”, y “el amor echa fuera al temor”. Dios no quiere nuestro miedo; si lo quisiera haría explotar una bomba de hidrógeno cada semana; si lo quisiera, no habría nacido Niño, que se deja acariciar de todo el mundo; ni se habría dejado clavar los brazos en la Cruz, “a castigar, clavados; para abrazar, abiertos”. ¡Y cómo le iba a permitir El a ese “perro encadenado” que viniera a complicar una vida ya tan aperreada a aquellos pobres indios de Odiyándaram!



DE LA INDIA A INDIANAPOLIS Y REGRESO

Una de las agradables sorpresas que me llevé durante mi última visita a Estados Unidos fue la de encontrarme, muy inesperadamente, con un entrañable antiguo colega mío, compañero de armas durante los primeros tiempos de nuestra Misión del North Arcot. Su luenga y bíblica barba la había teñido de blanco la nieve de los años. Pero por más que pareciera un archimandrita, recién saltado de un antiguo icono, bien pronto el recuerdo de aquellos distantes días devolvió frescor y juventud a su risa.

El Padre Antanas está ahora en Crown Point (Indiana) y es pastor de esos magníficos católicos lituanos trasplantados del Báltico a las orillas del Lago Michigan. Bien pronto el recuerdo echó un puente sobre ese trágico cuarto de siglo (él, como lituano, vio venir el triste destino de su patria y logró escaparse a Occidente), y en seguida nos encontramos hablando de los primeros y felices días de nuestra Misión en Sur India.

Bien pronto entraron las vacas en argumento; y no por ser él de una tierra de hermosas praderías donde pasta un excelente ganado, y yo de tierra de toreros, sino porque a cualquier recién llegado le impresionaba allá el problema bovino.

Todo el mundo conoce el respeto que el indio

nutre para cualquier ser viviente, desde el lagarto hasta el mono; pero cuando el animal en cuestión es una vaca, el respeto se ha convertido en culto, y a fuerza de no matar las reses improductivas —que son el 70 % del total— y así tener lugar y pastos para las otras, se han juntado en el Sub-Continente una patética muchedumbre de 200 millones de vacas que nunca darán leche para los quince millones de bebés que van a aparecer allí este año, como no la dieron tampoco para las precedentes tandas de quince millones.

No voy a incurrir en la ingenuidad de espetaros una digresión sobre el culto vacuno en la India. Eso lo conoce todo el mundo. Hay bibliotecas enteras sobre el tema. Y allí encontraréis verídicas e impresionantes historias, como la de aquel Maharajah que tuvo una vez la desgracia de atropellar a una vaca en la vía, mientras él mismo guiaba por deporte la máquina de un tren de los Ferrocarriles de su Estado. Su consternación rechazaba todo consuelo. Por medio de obras de penitencia y limosnas a Pagodas y a Brahmannes procuró expiar aquel involuntario sacrilegio.

Cuando se le acercó la hora de la muerte, los teólogos de palacio fueron del parecer que, para asegurar la salvación de su alma, Su Majestad debía ir al encuentro de la muerte sosteniendo en sus manos la cola de una vaca viva. Se trajo al efecto una vaca de los alrededores y se la introdujo en el Palacio. Pero cuando la res se vio delante de la regia escalinata que conducía a la alcoba donde se moría el Rajah, tercamente se obstinó en no subir. Como el trance era urgente y no había modo de obligarla, los teólogos áulicos decidieron bajar al augusto paciente hasta el

hall del Palacio. Y así se hizo, pero con una presteza en la que se tuvo más en cuenta la salud de su alma que el bienestar de su cuerpo; total, que el pobre Rajah se murió antes de llegar a la planta baja.

Pero esas menudencias las conoce todo el mundo, y no son absolutamente necesarias para entender lo que le pasó al Padre Antanas. Basta recordar que matar una vaca es el crimen cumbre en la Etica Hinduista; y si el Padre Antanas hubiese tenido eso en cuenta, se habría ahorrado el susto que se llevó una tarde.

Al principio de mi Misión, cuando trabajábamos juntos, solían venir por las tardes centenares de muchachos hindúes y mahometanos, amén de no pocos cristianos, a jugar a balón volea o fútbol en el campo de la Misión. Y el buen Padre Antanas, lleno de celo, solía reunir alrededor de su imponente figura a un buen número de muchachos —los más listos e inteligentes— y leerles algún trozo del Evangelio.

Aquella tarde resultó que tocaba leer la Parábola del Hijo Pródigo.

—Un hombre tenía dos hijos...

Los chicos no se perdían una sílaba.

—Y dijo el más joven de ellos al padre... y partió a una tierra lejana... y disipó toda su herencia...

Se podía oír el latido de aquellos corazones.

—Y yo aquí me muero de hambre... Me levantaré e iré a mi padre...

Brillaban lágrimas en los ojos de todos..., cuando de pronto...

¿Qué había sucedido? ¿Qué endiablado resorte había movido a aquellos muchachos a levantar los brazos al aire, lanzar un grito de horror, destrozado ya el encanto del relato evangélico, y huir des-

perdigados dejándole al pobre Padre Antanas solo y espantado?

Nunca olvidaré aquel estudio en desilusión: un Padre Antanas casi desencajado, con el libro abierto en sus manos y preguntándome con los ojos aturridos:

—¿Pero qué he dicho yo?

Pues muy sencillo, sin una preparación psicológica adecuada, les había leído aquello de:

—Traed un becerro bien cebado y matadle, y comamos y alegrémonos.

¡Matar un becerro! ¡Nada menos!; el pecado número uno de su casuística.

Es fácil reírse de aquellas experiencias, ahora, a veinticinco años de distancia, con dos Continentes y dos mares de por medio.

Pero entonces... allá abajo... nos absteníamos de comer carne de vaca para no irritar la sensibilidad de nuestros amigos hindúes. Un consumidor de tal carne les inspira la misma repugnancia que os produciría el individuo de la mesa de al lado si de él os cuchicheara vuestro compañero de mesa: —¿Ves a ese tío? Pues todas las mañanas se desayuna con un par de ratas fritas.



Cuando llegaba la cosecha del arroz en el mes de enero, la gente no olvidaba a su ganado, y dedicaba algún día de las fiestas típicas de aquella estación a la humilde bestia de brega, compañera de fatigas y sinsabores. Al ganado se le dejaba libre aquellos días, de modo que podía corretear por donde se le antojara; vacas y búfalos aparecían vistosamente pintarrajeados hasta los cuernos. Y como que entonces

no se había introducido todavía la Ley Seca, y el licor local era tan barato (y tan malo) como abundante, a menudo se les inducía a aquellas bestias, por lo general tan mansas, a consumir liberales libaciones de aquella bebida alcohólica obtenida de la fermentación del arroz. Aquello se me antojaba a mí una auténtica destrucción de inocencia, que daba un tinte de bacanales a los festejos, aun de parte de aquellas humildes reses. Virgilio no habría podido ya aducir en su defensa la tradición abstemia de la raza, como cuando alegaba durante aquella Epizootia que segó la vida de tantas reses en sus tiempos:

“Jamás gustan de Baco el don divino
pues tan sólo en los líquidos torrentes,
beben del agua el néctar cristalino.”

¡Pocula sunt fontes liquidi!

Aquellos mansos animales que ayer aceptaban órdenes de un arrapiezo cualquiera y se dejaban humildemente uncir al carro o al arado, durante aquellos días eran, en cambio, bestias desorbitadas y casi furiosas, errando a campo traviesa, como poseídas por algún espíritu impetuoso.

Y fue precisamente en uno de esos días del *Mattu Pongal* (Fiesta de las vacas) cuando nuestro Padre Cancio tuvo que ir a dar la Bendición Eucarística en Kovilur. Cuando terminó la función era ya oscuro.

—No salga, Padre —le rogaron los cristianos—. Es peligroso. Pase la noche en la Casa Parroquial. Es tentar a Dios ir por ahí a esas horas.

—¿Leoncitos a mí? —debió de pensar el Padre Cancio, que era paisano del Padre Laddy (ambos polacos) —. Allá me voy.

Y bravucón, se echó a andar en la gloriosa noche. Pero no por mucho tiempo. Pronto salió un cornúpeta de la oscuridad y al verse mover un bulto humano en aquel único día del año en que ellos podían campear a sus anchas, embistió con toda la furia —así le pareció al Padre Cancio.

Ahora bien, si el buen Padre hubiese conocido algo de psicología taurina, habría sabido que el mejor modo de evitar a un toro furioso es yacer inmóvil; no debería haber añadido combustible al fuego echándose a correr con todas sus fuerzas, como lo hizo: aquello era una locura rayana en suicidio.

Pero el Padre Cancio había perdido la serenidad, no reflexionó ya, y siguió corriendo como un loco, a toda la velocidad que la madurez de sus años le permitía. Y el toro siempre detrás...

Finalmente, sus zapatos de tenis se engancharon en algún arbusto y el pobre Padre Cancio rodó por el suelo.

Sintiendo que su última hora se acercaba, se preparó ya a que las astas del toro le lanzaran a la eternidad: “Por mi culpa, por mi culpa...”

La sombra se le había acercado. El Padre Cancio se estaba golpeando el pecho por enésima vez, esperando a cualquier momento el golpe fatal... “Por mi grandísima culpa...”

La sombra estaba ya a su lado, pero por alguna razón inexplicable aplazaba el golpe final. Y prórrogas así son una agonía.

De pronto, después de algunos interminables

segundos, en vez de un resoplido de unos morros espumantes anunciando el último embite, he aquí que de lo profundo de la oscuridad brota, dulce como un cascabelito de plata, una vocecita argentina:

—Padrecito, ya me darás un caramelito, ¿verdad?

—¡*Zchakosky!* —chispeó el Padre Cancio a la criaturita cristiana que le miraba con asombro.



De cuando en cuando me rogaba le llevara en la grupa de mi motocicleta. ¡Qué tortura, la primera vez que lo llevé! Si habéis llevado en moto a alguien no acostumbrado a la bicicleta, sabéis lo que significa eso: es como llevarse al obelisco de la Plaza de San Pedro; porque, como no están acostumbrados a las flexiones, torsiones y reacciones necesarias para doblar una curva, esos pasajeros tiesos e inflexibles les estropean los cálculos y reflejos a los mejores motoristas. Y el Padre Laddy era uno de ellos. La primera vez le rogué me dispensara; que era mejor que se volviera en carro de bueyes, y así lo hizo.

Pero poco a poco, sin embargo, con algo de entrenamiento y paciencia, llega uno a dominar todos esos nuevos problemas de estática y mecánica. Pero queda siempre una incógnita: la actitud psicológica. En una tierra con 158 millones de bovinos y 44 millones de búfalos es muy lógico que os encontréis de cuando en cuando con alguna joven madre vacuna con novillos que nunca ha oído el zumbido de una motocicleta de dos tiempos. Podéis contar que apenas os oiga, os embestirá como una pantera.

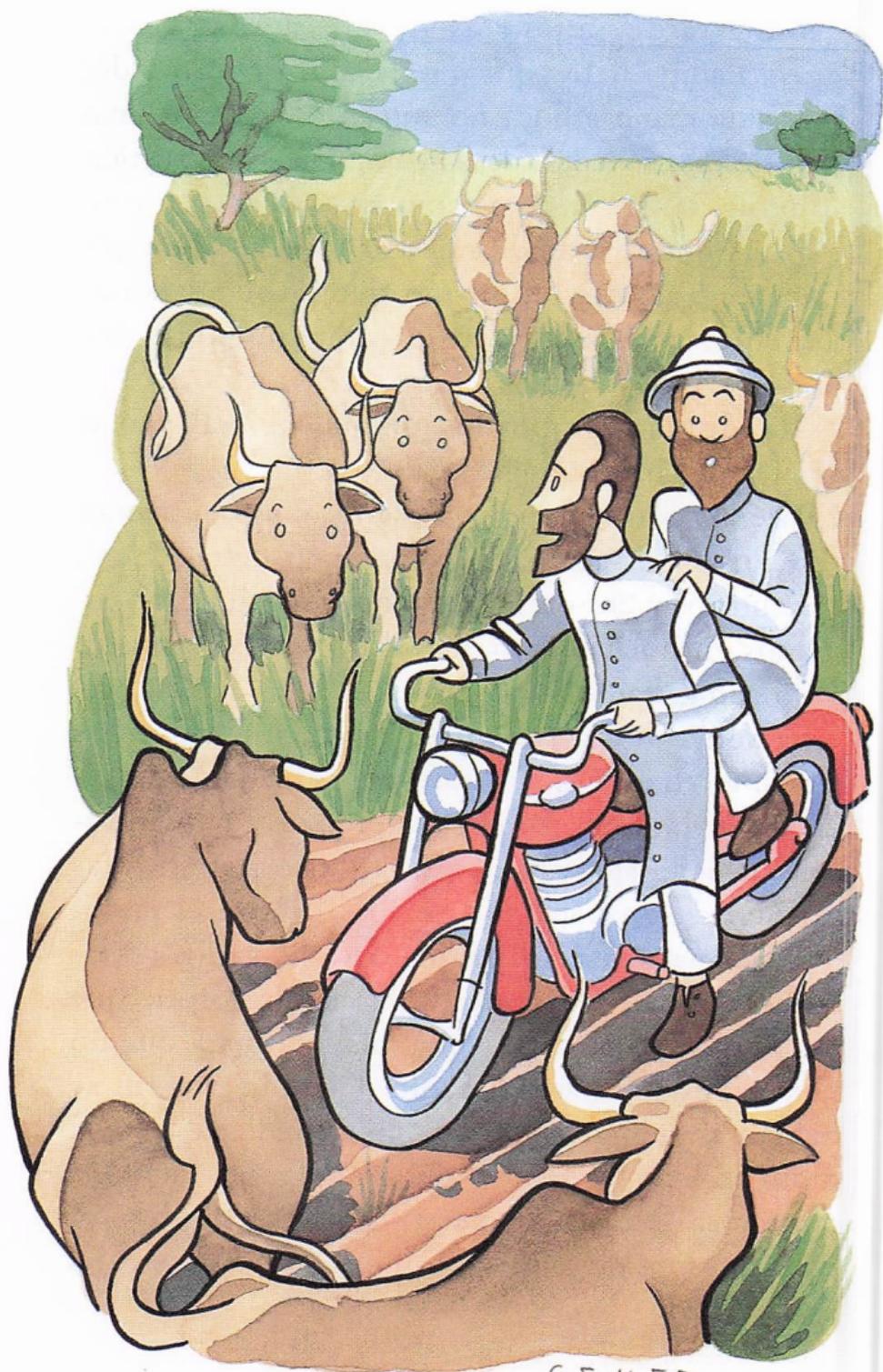
Y una tarde, mientras llevaba a la grupa al Padre Laddy, hete aquí que, al cruzar un prado, dimos de mano a boca no con una, sino con unas diez de esas jóvenes vacas acompañadas de su tierna prole, cuyos celos o temores se sintieron provocados por el latir de nuestro motor. ¡Manes de Cúchares!, las diez al mismo tiempo se abalanzaron en maniobra concéntrica sobre nuestra pobre Victoria.

—Padre Laddy, ¡por lo que más quiera!, ¡no se mueva!, ¡no grite!, ¡sangre fría!

Paré el motor; frené con fuerza, y nos quedamos clavados en el suelo; aun así pude oír detrás de mí, apresurados y en sordina, algunos sibilantes monosílabos en polaco. Pero el Padre Laddy lo arrostró todo con gallardo estoicismo.

La selva de cuernos nos rodeó por todos los lados, airada e inquisitiva. ¿Cómo había desaparecido tan misteriosamente aquel ruido provocador? Nos husmearon —dos figuras petrificadas vestidas de un pacífico blanco. Tocaron el manillar, la matrícula, los radios con sus varios tentáculos, y por fin llegaron a la conclusión de que todo aquello había sido una falsa alarma y que no había peligro para su prole. Cuando por fin se habían alejado a una distancia tancrediana, puse la moto en marcha de un vigoroso golpe y, cuando la numerosa familia bovina salió de su asombro, ya estábamos los dos a salvo, camino de la Misión del Padre Laddy.





GENER

La selva de cuernos nos rodeó por todos los lados,
airada e inquisitiva.

Como la cantidad de leche que tocaba era poca para cada indio, os podéis imaginar con qué alegría saludamos la llegada a Madrás de la leche americana en polvo. Fue la salvación de nuestros orfanatos, sobre todo durante la guerra. Un satélite más en órbita me deja completamente frío; pero ¡qué calorcito nos trajo al corazón la llegada de aquella leche “donada por el pueblo de América”! Dios bendiga a los técnicos que facilitaron el proceso de pulverización, al pueblo que hizo posible el generoso regalo, y hasta a las vacas contentas que contribuyeron con sus habilidades bioquímicas para este magnífico gesto de solidaridad humana.



Cuando llegó el primer cargamento de leche en polvo, la Curia me rogó fuera a representar a la Archidiócesis de Madrás en la conferencia preliminar para proceder a la organización de la distribución.

Un señor joven, americano, con un eufónico apellido italiano, presidía la reunión representando a la UNICEF.

Nosotros, los presuntos beneficiarios de la consignación, representábamos a los varios sectores de aquel mosaico humano que se llamaba Madrás: el Ayuntamiento, la Cruz Roja, la Archidiócesis, las Corporaciones, la Media Luna Roja, el Ejército de la Salvación, etc...

Después de algunas tímidas palabras pronunciadas por el americano anunciando la donación de la UNICEF, se levantó uno de los convocados y dijo:

—“Bueno, señor Tal y Tal de la Unicef: nos sentimos muy felices (la palabra “agradecidos” es cristiana) de recibir esos polvos. Pero usted comprenderá que para distribuirlos se necesita transporte y personal, y eso significa un gasto considerable...”

Después se levantó otro señor y dijo:

—“Muy bien, señor Tal y Tal de la Unicef. Esa leche es muy bienvenida, naturalmente. Pero espero que usted se dé cuenta de que si quiere dar un vaso de leche caliente a los niños tiene usted que disponer de leña o combustible, y calderos y personal, y eso supone mucho dinero...”

Luego le tocó el turno a no sé qué representante de no sé qué otra organización oficial, caritativa o filantrópica, y dijo, para nuestra información, entre otras amenidades:

—“¡Excelente!, señor Tal y Tal de la Unicef: han tenido ustedes una bonita idea en mandarnos esa leche en polvo. Pero no le costará comprender a usted que a los niños les gusta la leche con un poco de azúcar para hacerla agradable, y usted sabe que el azúcar en estos tiempos está por las nubes, y...”

Yo estaba echando chispas. Por fin, yo también me levanté y dije:

—“Señor Tal y Tal de la Unicef: yo represento a las Asociaciones Católicas de nuestra Misión. Y me siento muy feliz de tener ahora la oportunidad de decirle que, por parte nuestra, estamos infinitamente agradecidos por haberse acordado ustedes de nuestros pobres niños por medio de este regalo del cielo. Y permítame que le diga que no tiene usted que preocuparse en absoluto del problema del

transporte, porque todos nuestros vehículos, y todos los carros de bueyes, y todos los hombros de todos nuestros cristianos en todas nuestras aldeas están prontos para el transporte de tan preciosa carga. Y le añadido a usted que esa leña y ese azúcar ya saldrán de donde sea. Y que, por lo que se re fiere al personal de servicio, cualquiera de nuestros misioneros y de nuestras monjitas se sentirá bien feliz de encargarse de la operación que sea. Y aprovecho la ocasión para darle las gracias a usted y a todos los donantes. ¡Y que Dios le bendiga a usted y a su pueblo, y a sus ganaderos, y a todas y cada una de los 93.000.000 de vacas satisfechas de su gran nación!”

No lo creeréis, al fin de la reunión, aquel señor vino a darme las gracias *a mí*, ¡las gracias *a mí!*, que era el receptor, en nombre de millares de nuestros niños de aquel maná del cielo que venía a salvarlos de la subalimentación.

Y, ¿por qué eso?, porque, tratándose de cierta gente, hasta el dar es humillante, ya que a ellos bien poco les importa, que yo sepa, que haya algunos millones más de vacas, y algunos millones menos de bebés en el subcontinente.





FAUNA

Nos saltamos la flora porque mis conocimientos botánicos a duras penas me permiten distinguir entre una rosa en pimpollo y un tomate joven. En cambio, sé que estaréis desilusionados si, después de haber hablado largo y tendido de vacas y demás cornúpetas, guardara un sospechoso silencio sobre otras varias especies que no ignoráis abundan allá. Muy bien. Vamos a echar un vistazo a aquella Arca de Noé, pero solamente hacia la entrada.

Los primeros que se hagan ver, curiosos e inquietos como son por naturaleza, serán los monos.

Ya sabéis cómo ellos fueron mis primeros feligreses, asistiendo sin devoción ni compunción alguna a mi primera misa en TPT. Más tarde, en vez de visitar la iglesia, acusaron una marcada preferencia por visitar nuestra cocina.

Dos meses después de mi llegada, la temporada de los tamarindos estaba en pleno auge. E igualmente lo estaban los simios. Consumados volatineros como son, no había fruto tierno de tamarindo que no estuviese al alcance de sus garras. Pero, por lo menos, si se lo hubiesen comido, ¡que les aproveche!: una vez hartos, habrían cesado en su devastación. Pero ni por esas. No se trataba de comer, sino de destruir. Con toda la técnica del saboteador,

arrancan, mordisquean y arrojan al suelo. Los propietarios hindúes de los tamarindos solían contratar a guardianes mahometanos para parar aquella destrucción sistemática. Y no es que los muslines sintieran ninguna ternura por aquellas horribles criaturas, pero nada más que para no herir sensibilidades hindúes, ni arrostrar las iras de las masas o hasta tener que comparecer en tribunales protectores de monos, se abstenían de acabar con aquella odiosa caterva, por mucho cosquilleo que sintieran en las manos de acariciar el pomo de las cimitarras. Yo sospecho también que tenían además otra intención aviesa: pues, en verdad, si acababan con los monos en aquella temporada, ¿qué iban a hacer al año siguiente cuando maduraran los tamarindos?

Por consiguiente, los guardas comenzaban por la fase psicológica de su campaña: gritos, alaridos, amenazas, para tener a los monos a raya. Cuando esta fase resultaba ineficaz, los guardas sacaban las hondas. Pero, por muy fuerte que silbaran los guijarros por el aire, bien pronto advertían los monos que, detrás de aquel bombardeo, no había intención homicida, quiero decir simicida. Admitido el fracaso de la pedrea, se pasaba a los horrores de la guerra química; quiero decir, los defensores del tamarindo comenzaban a disparar cohetes a intervalos regulares, probablemente en connivencia con sus correigionarios (todo el mundo sabía que la pirotecnia era allí monopolio mahometano). Aquel *ssss hhhh... púmm* que punteaba las noches de la temporada, dondequiera hubiese una arboleda de tamarindos, bastaba para destrozarle la noche, el tímpano y el sistema nervioso a cualquiera... menos a los monos.

Por fin, aparecía en escena el más ingenioso, eficaz e imponente artefacto de aquella guerra anti-mono: una enorme jaula de bambú (como la de Los Tres Ratas en *La Gran Vía*), la cual estaba dividida en dos cámaras y dotada de dos trampas. El cebo lo constituía un reguero de cacahuetses en el suelo, que conducía a la entrada de la primera trampa. Por unos momentos, a la vista de los cacahuetses, se olvidaban los monos del tamarindo, y, de cáscara en cáscara, se metían en la trampa: una vez dentro, un hijo del profeta le pegaba un tirón a la cuerda, caía la trampa y el mono quedaba encarcelado, mientras seguía cascando los aráquidos. Luego, a grito limpio o pinchándole con un palo, se le obligaba a pasar al segundo compartimento. Y vuelta a empezar, hasta que quedaba almacenado un discreto número de monos: a veces hasta treinta o cuarenta; todos ellos asustados y deprimidos, con una mirada estúpida de desilusión, porque en la segunda cámara donde quedaban hacinados no había ya cacahuetses. Cuando el cargamento era considerable, se lo llevaba un carro de bueyes hasta la estación más cercana; y de allí los facturaban hacia la jungla, 200 millas tierra adentro, adeudándose el flete al Gobierno de Madrás. Naturalmente, al cabo de dos semanas, los cuadrumanos estaban ya de vuelta, pero entonces ya estaba recogida, vendida y molida para polvo de “curry” toda la cosecha de tamarindo. Y... ¡hasta la próxima temporada!



Estas primeras incursiones símidas que yo contemplé con fascinación eran solamente de carácter predatorio. Lo que yo no sospechaba es que pudiera haber otros móviles, como los de genocidio y discriminación racial, capaces de impulsarles a los monos a una guerra de posición. Efectivamente, cuando llegó julio o agosto (los tamarindos se cosechaban de enero a febrero) empezaron a desplegarse delante de nuestros ojos asombrados episodios verdaderamente épicos, donde los móviles no los dictaban jugos gástricos o meras veleidades de destrucción, ni mucho menos. No, allí el resorte era la ambición de conquista, la embriaguez del poder, la pasión por la hegemonía o tal vez algunas oscuras, pero románticas rivalidades y celos; pero ciertamente que no una vulgar glotonería. Cuando pocos años más tarde empezó a hablarse de *Mein Kampf* *Drach nach östen* nada me pilló de sorpresa.

A veces una entera tribu de treinta o cuarenta monos aparecía de pronto en la finca de nuestra Misión, y no precisamente en fila india, sino en perfecto despliegue de escuadrón, en formación exactamente ortogonal a la fila india, tal como un paralelo es a un meridiano, o algo así. Era innegable que aquella horda estaba sometida a una rígida disciplina: había un alto comando único, era evidente; y el comandante en jefe que avanzaba en retaguardia era uno de aquellos viejos monazos, o tuerros o sin una oreja, acuchillados de morros a rabo, con las cicatrices de cien batallas... ¿Qué necesidad tenía él de demostrar su evidente veteranía con el tintineo de cien medallas en el peludo pecho? Del ojo que le quedaba echaba fuego, y rugía órdenes

con chillidos inarticulados. Aunque el jefe era un *condottiero* de pelo en pecho, se veía que su ejército se batía en retirada. Efectivamente, a cien metros escasos avanzaba en persecución el ejército rival, aunque en orden inverso, es decir, precedido no seguido, de otro *condottiero* tan peludo, tan tuerco y tan heroico como su contrincante. Ambas hordas se lanzaban mutuamente chillidos evidentemente de muerte, sin que pueda haber otra interpretación plausible.

De pronto, el comandante número 1 lanza un agudo grito: los monos en retirada se plantan en firme, giran sobre los talones, otean el campo, y al segundo grito de combate se lanzan sobre sus perseguidores en un feroz contra ataque. Se han invertido las tornas. Los antes perseguidores vuelven sus gastados cuartos traseros y se dan vergonzosamente a la fuga. ¿Será verdad?, ¡nada de eso, es pura estrategia! Esperad un momento y oiréis otra vez un poderoso rugido hendir los aires y veréis de nuevo a la armada número 2 plantarse en firme y lanzarse a un contra-contra ataque para recuperar aquellas ochenta yardas de terreno perdido. No es imposible que presenciéis todavía otro contra-contra-contra ataque y así *ad nauseam*... hasta que los cristianos que estamos presenciando una refriega donde nunca llega la sangre al río, perdemos la paciencia y, armados de palos y piedras, saltamos a la arena y ambas tribus trepan promiscuamente y de prisa por el primer árbol que encuentran.

Solamente las ratas están destruyendo víveres a razón de unos 350 millones de dólares al año; y eso en una tierra donde el hambre es endémica. No



Ambas hordas se lanzaban mutuamente chillidos evidentemente de muerte.

sé si los otros bichos tratan de llevarse el campeonato (por cierto, que ratas y pulgas pagan al hombre su compasión “humanitaria” transmitiéndole cariñosamente —basta una picadura— la peste bubónica).

Pero ¿qué le vais a hacer? Son las ideas las que arrastran a los hombres. Mientras estuve en Goa, apenas vi un mono, excepto en la jungla; en cambio, atravesando el Estado de Mysore, en tren, me he visto acompañado en mi compartimento de segunda por esas cómicas criaturas, que se pasean tan campantes por los andenes, arrancando plátanos de las manos de los chiquillos, picando cacahuets en los puestos de los tenderos ambulantes, conscientes y ufanas, sin duda, de los derechos constitucionales básicos que les reconoce el Estado. Aquí en las Filipinas no he visto ni una mona todavía.



Por lo que se ve, un mundo sin chinches, sin mosquitos, sin moscas ni pulgas, y decididamente, sin monos, es un mundo para los valientes, los activos y los no supersticiosos.

Y lo mismo se diga de un mundo sin culebras. Digo esto porque yo he visto a hindúes reprendiendo a un pobre hombre que intentaba matar una cobra. Naturalmente, yo salté de la bicicleta y le ayudé a dar caza al bicho. Todos pueden ver en aquellas tierras templos y estatuas erigidos en honor de monos y de culebras.

¿Creéis que todo eso es “teología”? Yo, no.

Recuerdo todavía a aquel pobre muchacho anglo-indio, a quien yo había dado hospitalidad en mi Misión. Algún tiempo más tarde continuó su marcha en busca de trabajo, pero no encontrando hospitalidad en ninguna parte, cometió la imprudencia de pasar una noche en los pórticos de una pagoda hindú. Al día siguiente le encontraron muerto de picadura de cobra. Naturalmente, no habría yo podido demostrar ante los tribunales que la cobra hubiera sido echada junto a él mientras dormía, pero mucha gente está convencida de que algunos de esos ministros de los templos han descubierto que el mantener cobras en sus pórticos puede contribuir a conservar una atmósfera de sagrado terror y religiosa reverencia alrededor de sus pagodas.

En mis tiempos, unas veinte mil personas morían al año de picadura de serpiente. A eso todavía se le puede calificar de accidente; pero llegar al punto de adorarlas, eso es demasiado.



Claro está, las cobras no vienen a campo abierto a provocarnos la batalla. Por tanto, la única precaución que debéis tomar por la mañana, antes de calzarnos, es la de asegurarnos de que ninguna de ellas se ha pasado la noche dentro de vuestros zapatos y sin vuestro permiso (como me ha sucedido a mí alguna vez). Por la noche, nunca andéis en la oscuridad sin una lámpara y sin ver en dónde pisáis. Podría suceder que le pisarais la cola a una sin quererlo y, definitivamente, eso no les gusta a ellas; ésa es la ocasión en que generalmente se vuelven para devolveros el cumplimiento.

Por lo demás, cuando veáis a una cobra levantando, amenazadora, cabeza y pecho, sacando entre silbidos aquella lengua bífida, con el pescuezo hinchado, y aquel horrible par de anteojos negros pintados bajo la nuca, no os lo toméis demasiado en serio. Cualquier golpe, con cualquier instrumento, en cualquier parte donde la alcancéis, la pone fuera de combate.

Naturalmente que si queréis ofrecer una exhibición de destreza en el antiguo arte de encantar serpientes, eso lo haréis por vuestra propia cuenta y riesgo. Uno de nuestros Padres se dejó picar de esta manera por una serpiente muy venenosa, cuando trataba de darnos una de esas demostraciones. Solamente el procedimiento indígena de dejarse acuchillar, con cuchilladitas muy menudas y superficiales, mano, antebrazo y brazo hasta que todo el veneno haya sido expulsado, impidiéndosele de esta manera llegar a los centros vitales, le salvó la vida. Teníamos otro misionero que de niño se había colocado una serpiente en la palma de la mano exclamando:

—Mira, una lagartija sin patas.

Pero cuando le creció la muela del juicio, ya no se arriesgaba a desafiar a los dientes de las serpientes.

Si un día visitáis nuestra iglesia de Arambakan, al norte de Madrás, os contarán la historia de su párroco, el Padre Paúl, un santo sacerdote indio. Volvía a su Misión, después de una expedición apostólica, pero no había notado, al arrollar su colchoncito de viaje, que una diminuta cobra se le había quedado dentro de la almohada (“la víbora es pequeña, y sin embargo, hay que matarla con un palo largo”, dice el proverbio tamul). Cuando aquel buen sacerdote se fue a dormir, el traicionero

reptil resintió la presión de aquella cabeza cansada y le atacó mortalmente. Si os muerden en la mano o en la pierna, bien podéis impedir la circulación superficial de la sangre, ya que parece ser ésta el camino del veneno mortal. Para ello basta atar firmemente el miembro atacado. Pero si la mordedura es por encima del pescuezo, no hay fácil remedio. El Padre Paúl encendió una cerilla para ver qué clase de animal le había mordido en la oscuridad. No cabía duda, era una cobra. No había esperanza; inmediatamente mandó a su catequista a llamar al misionero más cercano para que le prestara la asistencia espiritual, y él, como un angelito adorador, se fue a arrodillar frente al Santísimo Sacramento y a esperar la muerte allí. Muy pronto, con todo, tuvieron que llevarlo a morir en su cama. No conozco otros casos; de todas maneras, no tenemos las garantías de San Patricio allá abajo, ni tal vez haya necesidad.



Fácil es comprender que el desfile de toda nuestra fauna sería una visión interminable, si habéis de creer a esos entomólogos que se jactan de haber contado, así lo dicen, hasta setecientas mil clases de insectos. Ciertamente que algunas tardes juraríais que todos los centenares de millares de insectos se han reunido alrededor de vuestra lámpara de aceite, para un aquelarre suyo y tortura vuestra. Por tanto, nos vamos a ahorrar la descripción; pero podemos dar, en cambio, una nostálgica mirada al animal que faltaba en aquella fauna. Sí, lo debo confesar, yo lo eché de menos. Ni siquiera mi elegante moto-

cicleta logró hacérmelo olvidar. Me refiero al caballo. A mí me parece que todos los misioneros actuales han soñado durante su juventud en el caballo de sus futuras aventuras misioneras y, sin embargo, el caballo no estaba allí.

Nuestros colegas del norte, allá arriba, en las frescas colinas del Assam, eran más afortunados que nosotros en este aspecto. Usaban unos caballitos muy majos dotados de patas cortitas, adecuadas para subir colinas. Y cuando vuestro caballo se convierte en vuestro *alter ego*, es un buen compañero de fatigas, un sincero e inteligente amigo, mucho más que cualquier otro animal doméstico.



Y miren ustedes qué pequeño es este mundo: un pañuelo, como alguien ha dicho. A uno de esos misioneros de nuestras verdes montañas del Assam, me lo encontré yo después de muchos años nada menos que en Colombia, en Suramérica.

El Padre Luigi era el Capellán de un establecimiento casi inaccesible que había en las montañas. Se trataba de una especie de Asilo, fundado para recoger a los niños de los leprosos del cercano lazareto de Agua de Dios.

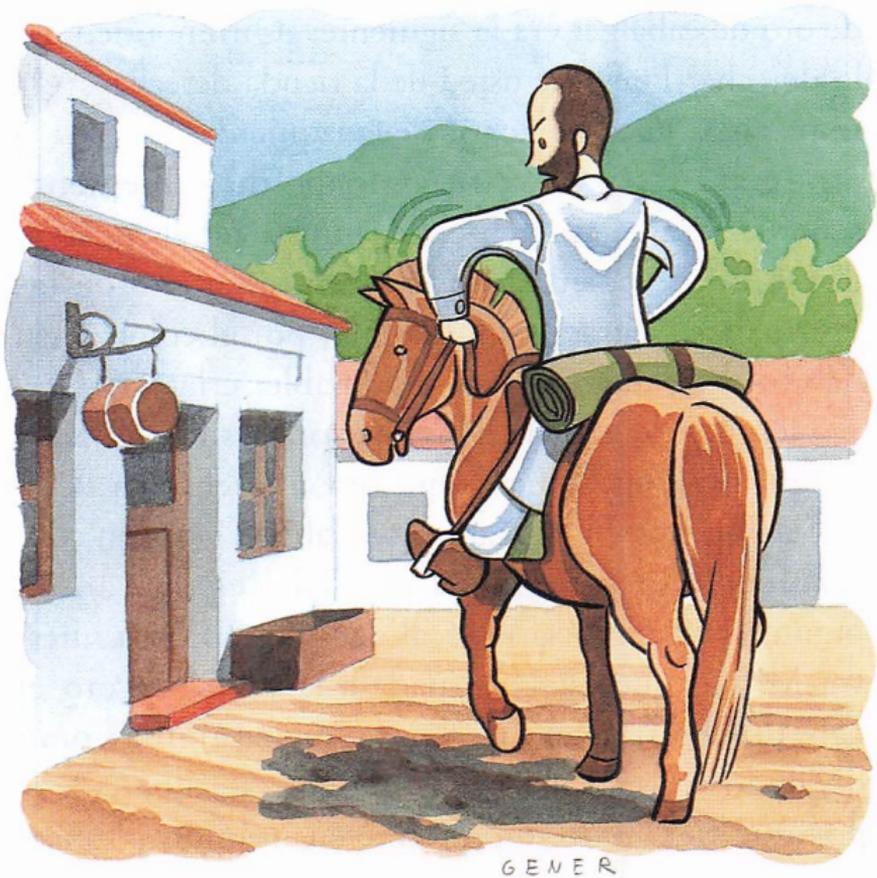
—¿Le gustaría visitar mi casa?

—Muchísimo —le contesté.

—Pero allí no se puede ir más que a caballo.

—Bueno, a decir verdad, yo no soy buen jinete, pero si me dan ustedes una bestia mansa, me parece que todavía me las arreglaré.

Me dijeron que me iban a dar una mula muy



G E N E R

Y cuando el doctor vuelve de sus visitas, se va a la taberna a echarse un trago.

pacífica, pero por fin me prestaron el viejo y manso caballo que solía usar el doctor en sus visitas por aquellas colinas. Ya en la silla pensé:

“Este caballo conoce el camino; yo no lo conozco. Además, tiene esta ventaja sobre la motocicleta: él sabe escoger el mejor terreno. Menos trabajo cerebral para el jinete.” Le dejé, pues, las riendas libres. Increíble, pero verdadero: el viejo caballo volvió la cabeza para mirar a aquel desconocido como intentando adivinar por qué un loco jinete podía concederle tanta confianza. Yo no hice más que acariciarlo con los talones y allá nos fuimos los dos. La regla

de oro de cabalgar era la siguiente: ¿Quiere usted ir a la derecha? Pues tire usted de la rienda derecha. ¿A la izquierda? Pues tire usted de la izquierda.

Aquella regla de tráfico sonaba increíblemente sencilla. Y efectivamente, llegamos a aquel encantador nido de caridad en las montañas donde las Hermanas Negras (así las llaman por el color de su hábito) cuidaban de aquellas amables criaturitas.

Después de aquella conmovedora visita me volví a Agua de Dios. Y hete aquí que a la entrada de la población nos encontramos, el caballo y yo, en contradicción por primera vez. Al llegar a aquel punto, yo ya conocía la localidad y quería ir a nuestra Misión que estaba situada a la derecha. Pero el caballo insistía en irse para su izquierda como diciendo: “Usted me ha concedido esta libertad, ¿y por qué tiene que imponerme su opinión precisamente al final de este paseíto?”

Así, pues, le grité al Padre Luigi, que entonces ya estaba trotando delante de mí en su magnífica yegua blanca:

—Eh, Padre, esa regla que usted me ha dado no resulta.

El Padre inmediatamente se dio cuenta de lo que pasaba. Se dio un golpe en la cabeza y se puso a reír sonoramente.

—¿Pues qué pasa? —pregunté yo.

—Ya verá usted. Este caballo que usted monta es el del doctor, y cuando el doctor vuelve de sus visitas, invariablemente se va a la taberna a echarse un trago.

—¡Maravilloso! —exclamé—, el caballo tiene razón. Vamos allá.



CUARTETO

Una Misión Católica no es solamente una iglesia, una residencia, una escuela, un seminario, unos talleres, un patio de recreo, una capellanía, un centro de operaciones..., es algo más, porque es también (o por lo menos presupone) una cocina, una lavandería, una granja... Digámoslo de otra manera: tengo que pedirnos mil perdones por no haberos presentado todavía al cocinero, al recaudero, al lechero y al lavandero.



Nuestro cocinero era Charlie. Había estado en las Fuerzas Armadas en el Oriente Medio, y había tomado parte en alguna oscura operación durante una cierta guerra, en cierto campo de operaciones que nunca logramos localizar en ningún mapa. Probablemente sus armas no habían sido otras que el cucharón y el cuchillo de cocina. Pero como ha dicho Napoleón que la moral de un cuerpo de ejército se encuentra en el fondo de las marmitas, Charlie tenía todos los derechos a una participación en el Laurel Marcial. Entendía mucho más, con todo, de otras endiabladas hierbas distintas del laurel, como aquellas que él mezclaba con la guindilla y la pimienta para el “arroz con curry”, el

cual salía de sus salerosas manos más ardiente que trilita. Cuando un novato se mete una cucharada del tal “arroz con curry”, la primera reacción es la de salir disparado a llamar a la brigada de bomberos; luego, reflexionando, opta por apagar él mismo aquellas llamas que le queman boca y garganta, bebiendo agua a todo meter, lo cual es un engaño ineficaz. Entonces interviene Charlie aconsejándolos que os toméis un poco de leche agria, una especie de yogour indígena, que, siendo de carácter ácido, neutraliza aquellos endiablados ingredientes, de carácter alcalino; y en tales momentos comienza el novato a sentir una secreta admiración por el cocinero indio.

Lo malo es que en este rincón del planeta el cocinero o es un hombre bueno (y entonces es mal cocinero), o es un buen cocinero y entonces... Bueno, vamos a dejarlo así.

Y como quiera que aquellos pobres hombres de la cocina se pasaban las horas más calientes de sus días tropicales cerca del fuego, con los ojos expuestos a aquel lacrimógeno humo, que al cabo de unas semanas dejaba paredes, vigas, puertas, todas negras de hollín, era muy explicable que necesitaran buscar un dulce y pasajero olvido en la bebida. Y esa evasión les conducía inevitablemente al enésimo negro episodio de su vida. Terminaban perdiendo el puesto. Tres semanas más tarde, sobrios, contritos y macilentos se pondrían al servicio de un nuevo amo. Y tres meses más tarde, vuelta a empezar el ciclo.

Para las compras en el mercado teníamos a nuestro hombre de confianza: Muttu. Uno de los recuerdos de aquellos apostólicos días es el de Muttu dán-

dome escrupulosa cuenta, por la noche, de sus gastos: “Polvo de guindilla, 7 céntimos y $\frac{3}{4}$; cebollas, 11 céntimos y $\frac{1}{3}$; canela, 1 céntimo”.

Y, sin embargo, Muttu poseía una escalerita de oro para evadirse a las Tierras del Ensueño desde las trivialidades de la vida. ¡El Teatro! Muttu era un artista nato, si bien un camarero a la fuerza. Cuando, agotados los monzones, arribaba la temporada de las diáfanas noches, la gente acudía en tropel al teatro al aire libre.

El escenario era una estructura improvisada. El juego de luces se obtenía con *Petromaxes* o luces portátiles de gas. La bóveda, los cielos. No se necesitaban galerías reales o palcos para la nobleza. A aquel auditorio no lo habrían admitido en la *Scala* o en el *Met*. Pero, ¡qué les importaba a ellos! No se expendían billetes ni se cobraban entradas.

Y una de las estrellas del “demos” en escena era Muttu, el actor espontáneo. Vestido de púrpura y oropel, encorvándose bajo el peso de una descomunal corona, se paseaba a lo largo de las columnatas pintadas de su palacio real de papel.

¡Era rey aquella noche! A la mañana siguiente, soñoliento y con ojeras, pero feliz y chorreando gloria, se iría pedaleando por las callejas del oliente mercado, regateando con las verduleras sobre el precio de canela o cebollas.

El lechero... ya era otra cosa, porque era hindú; y, ¡amigos!, la filosofía de la vida y la metafísica del negocio son ligeramente distintas para ellos. La cuestión es que, una mañana, notando que hay demasiada agua en la leche, le llamáis al lechero y le intimáis:

—Mira, Krishnamurti, mañana te quiero ver ordeñar a tu vaca aquí mismo. No te compraremos más leche que la que dé la vaca en nuestra presencia; no la que traigas tú.

—De acuerdo, señor.

Ahora bien, el problema con que está enfrentado Krishnamurti es algo complicado. La vaca da leche solo después de nacer el becerrillo. Pues bien, si Krishnamurti quiere que el becerrillo crezca, habrá de dejarle mamar. Pero si el becerrillo se bebe la leche, ¿qué les va a vender él a sus parroquianos? Al fin, opta por una vía media (que es el modo de descontentar a todos); y en el proceso se muere el becerrillo. Nuevo problema: la mamá vaca, al no ver ya a su lado a su tierno vástago, se envuelve en un sombrío luto y se niega absolutamente a dar ni una gota de leche más. Entonces, Krishnamurti acude al curtidor local y le ruega que con la piel del becerrillo muerto le haga un muñeco que parezca un becerrillo vivo. El artista indígena lo embute de paja, le atiesa las patas y... allí le tenéis de nuevo: parece que se va a echar a mugir tiernamente a cualquier momento.

Os iba diciendo, pues, que ordenamos a Krishnamurti que se trajera la vaca a nuestra Misión para ordeñarla en nuestra presencia. Efectivamente, allí estaba Krishnamurti a la mañana siguiente; pero, ¡diantres!, allí estaba también H₂O, dentro del cacharro de latón.

¿Cómo podía ser aquello? Pura prestidigitación. Pero se necesitaron los ojos penetrantes de nuestros muchachos indios para descubrirlo. Krishnamurti había depositado previamente unos cuantos centímetros de agua dentro del recipiente.

Se redobla la vigilancia a la mañana siguiente. Se examina la vasija de latón: está completamente seca. Se ordeña a la vaca a la vista de todo el mundo. Y... ¡pues sí, señor!, la leche contenía una buena proporción de agua.

Pero ¿cómo se las arreglaba Krishnamurti? Muy sencillo... El barbudo Krishnamurti ostentaba pomposamente en la cabeza un gran turbante, distintivo de su casta. Y el recipiente estaba seco, es verdad; pero el turbante... estaba todo empapado de agua. Y bastaba que Muttu volviera la cabeza por tres segundos hacia otro lado para que Krishnamurti escurriera el agua de su esponjoso turbante al desdichado cacharro.

¡No os horroricéis! Allá abajo era obligación de conciencia para todos los misioneros ponerse la inyección antitífica cada año.



Y ahora os voy a presentar al más aseado y al más característico miembro de nuestro equipo de servicio: el *Dhoby*. *Dhoby* es el nombre empleado a todo lo ancho y largo de la India, sea su idioma el que sea, para designar no meramente al lavandero, sino a la Familia, la Casta, la Institución, la Tradición, el Código, que ha mantenido a la India vestida de blanco refulgente por milenios enteros.

Aquel *Dhoby* a quien recibíais en la veranda de vuestra Misión, con quien arreglabais las cuentas y hacíais los contratos, o a quien recriminabais por la desaparición de varios artículos de ropa, etc..., era siempre un padre de familia, y casi siempre padre

de una familia muy numerosa. El jefe nunca llegaba solo. Y no podía ser de otra manera. Porque no solamente eso habría sido contra su dignidad, sino también porque necesitaba la ayuda de la tribu entera para manejar aquellos fardos de ropa, blancos como nieve del Líbano, sortear y parear las piezas, verificar sus cuentas y ver si comchababan con las vuestras, engrosar el coro plañidero pidiendo un aumento de paga o reclamando un anticipo, o tratando de dar una explicación a la desaparición de media docena de camisas de vuestros chicos, aduciendo para ello una docena de testigos (todos emparentados en primer grado, o ascendiente o colateral) que habían presenciado desde lejos cómo unos hambrientos búfalos se las habían comido mientras las camisas colgaban del cordel para secarse, y cómo, a pesar de correr desalados al lugar de la catástrofe, habían llegado demasiado tarde para impedirla.

Un día en que tuve que ir precipitadamente a retirar algunas de mis prendas, una turba de Dhobys, grandes y chicos, acudieron a saludarme con cariño y algarabía, y, naturalmente, todos ellos vestidos de blancas camisetas, y todas ellas luciendo tan campantes mis iniciales J. C.

Una vez que la ropa está lista, el *Dhoby* padre organiza la expedición de retorno. Cualquiera de esos días habría podido ser Epifanía. Es como la llegada de una caravana, por largo tiempo esperada, desde las amplias llanuras de Mesopotamia. Sólo que en vez de aquellos patosos camellos, de torpe andar, aparecen en escena los simpáticos borriquillos, casi microscópicos, de los *Dhobys*.

Sería cruel estropear la solemnidad de aquella entrada con una trivial discusión sobre listas de prendas y cuentas de gastos. Sin embargo, cuando descubristis que a vuestro pañuelo lo han entrado en la lista como “una pieza” y a vuestra sábana la han entrado también como “una pieza” y que hoy os entregan “dos pañuelos” los cuales, son, sin duda, “dos piezas” en vez de “un pañuelo y una sábana” y cuando visualizáis la vuelta de vuestra sábana, que era “una pieza” en forma de “cuarenta y ocho pañuelos” que son “cuarenta y ocho piezas”, no tenéis más remedio que saltar desde aquella evocación bíblica de ensueño a la triste realidad utilitaria.

No; pero eso no sucedía con Antoniswamy, a Dios sean dadas. El era cristiano nuevo, es verdad, pero buen cristiano.

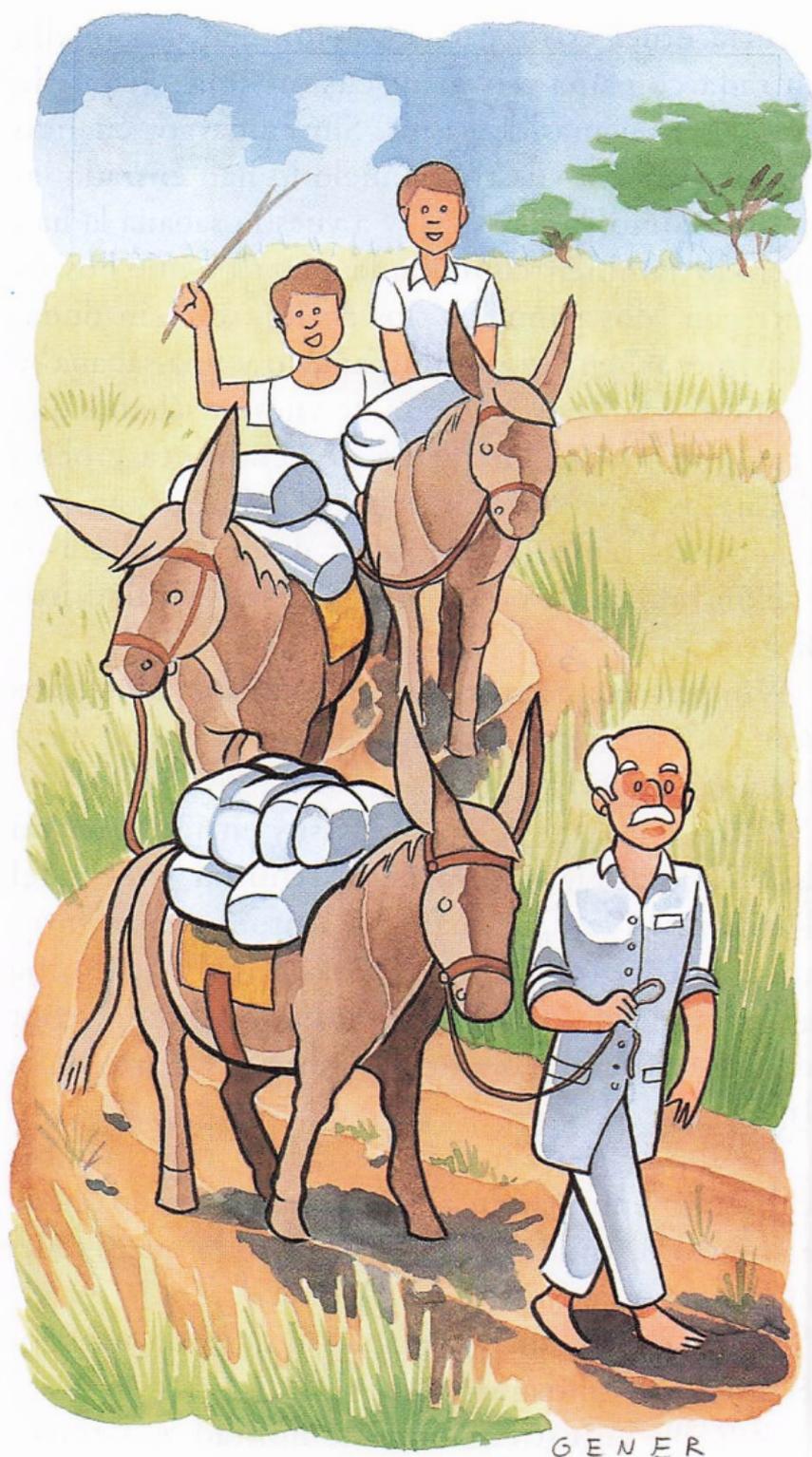
Y sin embargo... no todas sus entradas en mi Misión habían sido la de la triunfal vuelta del Patriarca. No. Una mañana, Antoniswamy entró solo. Bueno, solo del todo no: en realidad le iba arrastrando del brazo hasta mi despacho un señor de aspecto respetable, un hombre del norte de la India.

—Aquí le tiene usted —exclamó el respetable caballero empujando al Patriarca de la ropa hasta el centro de mi despacho—. ¿Es esto lo que ustedes enseñan a sus cristianos?

—¿Qué es lo que enseñamos nosotros a nuestros cristianos? —indagué yo.

—Robo, injusticia, falta de honradez —prosiguió él indignado.

Yo no podía creer a mis oídos.



El jefe nunca llegaba solo, necesitaba la ayuda de la tribu entera para manejar aquellos fardos de ropa.

—¿Tendría usted la bondad de ser un poco más explícito, caballero? ¿En qué le ha perjudicado a usted Antoniswamy?

—Le presté una cantidad de dinero hace algún tiempo, y ahora se niega a pagar.

Mandé a Antoniswamy que se acercara desde el rincón donde se había refugiado temblándole en la mano el turbante blanco,

—¿Cómo te atreves a deshonorar a nuestra Religión negándote a pagar tus deudas?

—Pero, Padre —alegó él humildemente—, si estoy pagando todo lo que puedo. Si le doy más, ¿cómo voy a dar de comer a mis nietos, comprar jabón y lejía para la colada y leña para el fuego?

A continuación me explicó: cuatro años antes había tenido que contraer una deuda para cubrir los gastos de la boda de su tercer hijo, y aquel señor le había prestado el dinero por una bagatela; total: solamente un Anna al mes por Rupia (1 Rupia = 16 Annas).

Así pues, aquel respetable caballero era el usure-ro, el más odioso espécimen de la fauna humana; el vampiro profesional, la araña sistemática, el que, garrote en mano, descendía periódicamente en catervas despiadadas, sobre la empobrecida India del Sur para atrapar a nuestras pobres gentes y estrangularlas y esclavizarlas con intereses exorbitantes para el resto de su vida.



Si recordáis que la Rupia se dividía entonces en 16 Annas, advertiréis que el interés de un Anna al mes por Rupia era 12 Annas por cada 16 Annas, es decir, exactamente un interés de 75 %. En cuatro años Antoniswamy había pagado el capital tres veces, pero oficialmente no había pagado más que el mero interés.

No sé cómo me contuve. Sólo recuerdo que, con una suprema calma, le dije a aquel respetable caballero:

—¿Tiene usted en su posesión algún documento que acredite sus derechos?

—Naturalmente. Aquí está.

Y así diciendo, sacó un papelucho cuidadosamente guardado.

Tomé el papel como si fuera un vendaje infecto y lo hice trizas con rabia.

—¡Usted, vampiro!, váyase ahora a la Policía a presentar querrela. ¡Váyase al Magistrado del Distrito o al Tribunal Supremo a acusarme! ¡Este pobre hombre ha estado sudando como un esclavo para pagarle cuatro veces su cochino dinero! ¿Y usted viene aquí a reclamar más sangre todavía? ¡Fuera de aquí, vampiro! ¡Y lleve usted a esta Misión a los Tribunales!

Yo no sé a dónde se fue. No volví a verlo en toda mi vida.





VIAJANDO CON SANTOS

Os costará creerlo, pero la verdad es que cuando salí para Misiones, salí escoltado por dos mártires Y así era en verdad: Jaime y Javier, mis compañeros de viaje en la primera fase de mi ruta (España e Italia) murieron por la Fe, cuatro años más tarde, y su causa de beatificación está muy adelantada

Jaime Ortiz (cuya biografía ha sido publicada por mi entrañable amigo y Hermano, Padre Amadeo Burdeus, S. D. B., bajo el título *4.026*), recién profeso como hermano coadjutor (y buen mecánico) se iba a perfeccionarse en una de nuestras Escuelas Técnicas en Italia. Y Javier Bordas, hijo de un ilustre diputado catalán, iba camino de Roma para graduarse en la Gregoriana. Conservo conmigo la fotografía de aquellos simpáticos muchachos: reventando de juventud y sonrisa, en la una; desfigurados, torturados, ensangrentados y acribillados en la otra.

Pues esa fue mi primera experiencia en viajar con Santos. No iba a ser la última.

Otro itinerario con un santo me encontró ya barbudo y bien versado en el arte de viajar.

El Vicario General de nuestra Congregación se

había venido a la India para una Visita Canónica. A él, alto, ascético, frágil, casi etéreo, le acompañaba yo, probablemente obligándole a recordar al ángel de la guarda a cierto Caballero Andante de sublime mirada y a cierto Escudero de visión terrestre.

En mi primer viaje con él le encontré tan agotado que temí por su salud. El calor de la India (¡y era invierno todavía!), el ajetreo del coche del ferrocarril (¡y viajábamos en clase superior!), la comida exótica (¡y era la mejor que sabía preparar nuestro cocinero, Charlie!) le habían dejado deshecho, intentando descabezar el sueño, reclinado en su incómodo asiento en la mayor compostura.

—Perdóneme, Padre Vicario. Usted no ha pegado ojo la noche pasada, por lo que veo. ¿Aceptaría usted una lección de Misionología de un veterano?

—¿Cómo no? ¿cómo no? —aceptó humilde y mansamente.

—Quítese esos incómodos zapatazos que lleva como lastre de plomo.

—Pero, ¿qué dices? —protestó escandalizado—, ¿quitarme los zapatos en un carruaje público?

—Pues eso es lo que hacemos aquí todos. ¡Ya verá usted!

“¡Plof! ¡plaf!” Allá se fueron mis zapatos a aterrizar en la mitad del vagón.

Sólo entonces, convencido, se quitó los zapatos, con gran alivio suyo y mío. Y siguió intentando dormir en posición vertical, como los loritos.

—Perdóneme otra vez, Padre Vicario. ¿Cómo va a conseguir usted dormir así? Túmbese en ese banco horizontalmente, como Dios manda.

—Pero, ¿es posible? —exclamó horrorizado.

—¡Si nuestros trenes están contruidos para eso! Verá usted cómo se hace.

Y me tumbé a lo largo de aquel banco de madera como lo había hecho centenares de veces.

El hombre de Dios durmió como un bebé hasta el fi nal del trayecto.

Pero, como yo me lo había temido, apenas le dejé en su destino, tuvo que guardar cama, agotado y enfermo.

Un día de su convalecencia recibí en mi Misión un telegrama que me dio una gran alegría:

“VENGA A ACOMPAÑAR PADRE VICARIO A CALCUTA”.
¡Vamos a escoltar a un Santo!



El interminable viaje de Madrás a Calcuta es como para aburrirle al lucero del alba. Pero cuarenta horas santas de acompañar a un hombre de Dios es un privilegio.

¡Desventurado de mí! ¡Debería haberlo pensado dos veces! Para un Santo, convaleciente o no, la Palabra de Dios es Palabra de Dios y no hay lugar a réplica. Ahora bien: el Libro del Eclesiástico dice: “Honora medicum”; y el médico había dicho que el Padre Vicario tenía que tomar no sé qué clase de pastillas con agua caliente cada tres cuartos de hora; y yo, ¡pecador de mí! tenía que ser el ejecutor de la prescripción médica, según nos ordena el Espíritu Santo.

Muy bien. Pero... ¿dónde encontrar agua hirviendo?

Yo era entonces joven y ágil todavía, así que, a cada parada del tren, corría al Coche-Restaurant, llenaba

mi diminuto termo de agua caliente que me proporcionaban los camareros, y lograba aún subir a nuestro coche cuando ya el tren estaba en marcha.

Pero la paciencia tiene sus límites. A cada visita al Coche-Restaurant, podía notar que la cara de los camareros se ponía cada vez más agria. Aquel “hindustani” de su mueca se traducía fácilmente:

—“¡Allá viene el cura del agua caliente!”.

Naturalmente, después de media docena de tales acrobacias, “no quedaba gota de agua caliente”.

Pero... ¡leoncitos a mí! Por aquellos tiempos, la mayor parte de los maquinistas eran Anglo-Indios; una buena porción de ellos, católicos.

—¿Qué ha dicho que quería, Padre? —me gritaba el maquinista tratando de dominar el ruido ensordecedor del vapor al acercarme a la locomotora.

—¡Agua caliente para un enfermo!

—¿Nada más que eso? ¿Ve usted aquel tubo, allá abajo, cerca de aquella rueda grande? Ponga el termo allí. ¡Ehhh!, pero, cuidadito, que se va usted a cocer las manos.

Y apretaba una palanca y...

“shshshshshshsh...” un hermoso chorro de agua humeante llenaba el termo.

¡Muchas gracias!

Para entonces ya había tocado la campana. El Jefe de Estación estaba soplando furiosamente en el silbato y el Jefe de Tren agitaba su lámpara verde con impaciencia.

Pero ¡ni por esas!, no había peligro de que el tren se pusiera en marcha hasta que el maquinista estuviera seguro de que el padre del agua caliente estuviera repantigado en su departamento.

El Padre Vicario se reía cordialmente al verme realizar aquel maratón. Pero el desventurado maratonista tenía otra preocupación, el alimento que las monjitas habían cocido para el ilustre viajero, y, supongo yo, para su no tan ilustre acompañante también, bien pronto se echó a perder con aquel calorcito ambiente de la India. Y tuvo que irse ventanilla abajo. Lo que no se iba ventanilla abajo era mi apetito.

¡Pero con santos no se bromea! así pues, era solamente después de Meditación, Angelus, Oraciones de la mañana, Breviario, Lectura espiritual y qué sé yo qué más, cuando se me permitía darle el asalto al queso.

Y aun entonces, el asalto tenía que ser precedido por las oraciones litúrgicas de rito: el Padre Vicario se persignaba y entonaba:

—*Benedícite*. . .

—*Benedícite* —repetía yo con resignado automatismo.

—*Edent paúperes... Pater Noster...*

Entonces yo no podía ya contenerme e imploraba:

—Pero, ¡por amor de Dios, Padre Vicario! ¿Cuándo se le ha visto a una rebanadita de queso tan empapada de bendiciones, absoluciones y salmos? ¿Le parece a V. R. que la suntuosidad del banquete corresponde a la solemnidad de la Liturgia?

Y el Padre Berruti se reía de corazón, y más aún cuando me veía ¡por fin! atacar al queso que nos quedaba, con el brio de un hambre reprimida...

El nos solía decir en sus pláticas, que si los Superiores lo hubieran querido, habrían podido introducir un centenar de causas de Beatificación... si ello no hubiera arruinado las finanzas de nuestra pobre Familia Religiosa...

puedo decir Misa tranquilamente en nuestra Escuela Don Bosco.

¡Desventurado de mí! Ya me había olvidado de que estábamos de nuevo en el Oriente, donde no se necesita ser un Einstein para convencerse de la relatividad del tiempo. Me gasté, pues, alegremente mis Rupias Pakistánicas en refrescos y propinas.

A las cinco en punto subimos a nuestro... aparato (estaba a punto de decir "cacharro"). ¡Cielo santo! ¡qué diferente del otro avión! Habría podido ser no ya una Carabela de la KLM, sino una "caraba" de la XYZ. Era un zarrapastroso veterano Dakota de una compañía persa. El piloto era un señor francés, calvo y entrado en años; la azafata una voluminosa amazona, quien, juraríais, acababa de desertar de las filas de acompañantes de algún ejército de Jerjes; los asientos, de mimbre barnizado de mugre. Y apenas empezaban a toser los motores, ¡qué cocinesco retemblar de tazas y platillos hendía el aire! Tal vez nosotros, los cuatro solitarios pasajeros que ocupábamos el avión, no merecíamos un ambiente más refinado. Eramos, un Misionero protestante, expulsado del Irán unos días antes por Mossadekh; dos mahometanos que iban a divertirse a Bombay, y mi barbuda personilla; una curiosa tarjeta postal.

Pero... no nos podíamos quejar. Por lo menos, el avión era puntual. A las cinco en punto de la mañana los motores habían empezado a rondarle a la aurora con sus ronquidas. *Ça va!* Y emprendimos la carrera loca sobre la pista. Un cuarto... un tercio... la mitad... dos tercios de la pista ya han pasado y el torpe pájaro no despeg... ¿Qué pasa, Señor?... Gracias a Dios, el piloto consiguió detenerse a

pocas yardas del final y aparcar cojeando en espera de auxilio. Había reventado una rueda del tren de aterrizaje y habíamos necesitado casi toda la pista para darnos cuenta. Abracé la reliquia con un suspiro de alivio y di gracias a Dios. Pronto llegó un camión-grúa, enganchó al patoso pájaro cojo por la cola y nos remolcó ignominiosamente para atrás hasta el aeropuerto donde nos descargaron inceremoniosamente, frustrados y hambrientos, sin una perra gorda pakistaní en los bolsillos...

Como el Pastor Protestante estaba en peor predicamento que el mío, decidí, en aras del ecumenismo —y del hambre común— decir el “Ite Missa est” antes de la Misa por aquel día, e invitarle a desayunar conmigo (los musulmanes se entendían perfectamente con los naturales). Pero allí estaba el busilis: no nos querían dar un par de huevos fritos con solomillo por nada del mundo. ¡O pagar en Rupias pakistaníes, con la Media Luna y todo, o morirse de hambre! Y para entonces el cambio estaba ya cerrado, los inflexibles tesoreros se habían ido a dormir, y los módulos en quintuplicado yacían bajo llave. En tales casos, se le ruega a San Francisco Javier que mire del otro lado, se invoca la autoridad del Admiral Sobornowski (como le llamábamos allí, se pasa una propinita debajo del mostrador, y se devora el par de huevos tranquilamente. El apetito ha sido instituido por el Creador; los estrangulamientos monetarios, son creación nuestra... ¡Y a eso le llaman algunos “mercado negro”! ¡Más negra es el hambre!

Finalmente llegamos a Bombay... dentro de aquel día. Algunos viejos amigos vinieron a verme en la

Escuela Don Bosco. Y como quiera que aquel año se celebraba el IV Centenario de San Francisco Javier, y como quiera que no era fácil para muchos desplazarse hasta Goa para venerar sus restos, cualquier cosa “Javeriana” era un notición en Bombay.

Les dije, pues, a mis amigos:

—Os voy a dejar besar una reliquia de San Francisco Javier que me estoy trayendo desde Roma.

Se arrodillaron, les bendije, la besaron con cariño y, solamente, les impuse la siguiente condición:

—¡Por el Santo!, ¡ni una palabra a nadie! Está viajando de incógnito.

Así que....¡ni una palabra de esto!

—Pues, ¡no faltaba más!, ¡no se preocupe, Padre, ni palabra!



¡Ya, ya! Eso sucedía por la tarde. A la mañana siguiente todos los diarios de Bombay (y digo todos los publicados en inglés, sin excepción; de los gujaratis, maratis, urdus e hindustanis no estoy seguro) publicaban grandes títulos: “DEDO DE SAN FRANCISCO JAVIER EN BOMBAY”.

Lo que sucedió empezó a adquirir proporciones de catástrofe. Milla res y millares de personas (ya al mediodía habían desfilado catorce mil) acudieron a nuestra Institución. Tuvimos que llamar a la policía para regular el tráfico; se formó una cola de casi dos kilómetros. A la mañana siguiente, antes del alba, bajo el camuflaje de las sombras, me escurrí en coche hasta Poona, camino de Goa.

Sin embargo, el epílogo de este viaje fue muy

consolador: uno de los primeros en venir a verme, fue un señor Hindú, quien probablemente me había tomado por el confidente de San Francisco Javier.

—Padre, tengo un conflicto; ayúdeme, por favor.

—Pues, ¿de qué se trata?

—Quiero hacerme cristiano lo más pronto posible; y, decididamente, antes del 3 de diciembre (fiesta de San Francisco Javier).

—Y ¿ha reflexionado usted sobre el paso que va tomar desde hace mucho?

—Diez años.

—Y, ¿cómo eso?

—Ya verá usted; hace diez años mi mujer se puso muy malita; la desahucieron los médicos; tenía que morir. Como usted sabe, aquí en Goa cada diez años se expone a la veneración del pueblo el cuerpo incorrupto de San Francisco. Cuando abrieron la urna, yo también fui a venerarle y le recé: “Javier, si le curas a mi mujer, me haré cristiano”. Y, en efecto, la curó inmediatamente. Yo tenía, pues, que cumplir mi promesa. Pero hasta ahora me ha faltado nervio para dar el gran paso. Han pasado ya diez años. Van a abrir de nuevo aquella urna el 3 de diciembre; y, ¿cómo voy a presentarme a él si no soy cristiano todavía?

Le instruí. El 3 de diciembre le bautizó el Cardenal Cerejeira, de Lisboa. Y le dieron, ¿cómo no?, el nombre de Javier.





VIAJANDO... NO PRECISAMENTE CON SANTOS

No siempre se puede viajar en compañía de “gens sancta”. Pero siempre en compañía del hermano hombre; ¡hay tanto que aprender de él! Que si el menester de viajar os encuentra en un compartimento de tercera en un ferrocarril indio, por lo menos aprenderéis la gran lección de mutua tolerancia.



Si viajáis en segunda, habrá ventiladores en vuestro compartimento. Suponed que estáis gozando tranquilamente de la brisa mecánica, debajo del radio de acción del ventilador; pues bien, no os alarméis si otro pasajero se levanta y, sin decir palabra, cambia la dirección del cacharrito llevándose él todo el viento y dejándoos a vosotros sin nada; no digáis palabra; seguid leyendo vuestro periódico como si nada; sólo después de tres o cuatro minutos, cuando empecéis a sudar la gota gorda, os levantáis tan campantes y volvéis a poner el ventilador en vuestra dirección, dejándole al otro a secas. Es el procedimiento aceptado. Es posible que el otro individuo haga lo idéntico al cabo de cinco minutos. Vosotros esperad un rato, y luego cambiad el ángulo en vuestro favor de nuevo. Todo en perfecta compostura, sin des-

truir el gran bien de la coexistencia pacífica. El mismo procedimiento se aplica al abrir o cerrar ventanas, encender o apagar luces y demás.

Pero eso son bagatelas. Lo importante es que allí os daréis cita con todo el arco iris de castas, credos, profesiones, gustos, partidos, prejuicios... Un vagón del tren es allí el escaparate de una abigarrada humanidad.

A menudo os arrastrarán a la controversia. ¡Qué cosas oiréis! Es algo fascinador. Tal vez sea un hombre de letras el que dispare la primera andanada contra el Cristianismo y contra aquella Iglesia Católica que ha infligido increíbles torturas a los más grandes sabios:

—¡La Iglesia Católica asesinó a Galileo!

Y cuando estabais a punto de dar una aclaración, hete aquí que aquel otro obeso pasajero, a quien juzgabais profundamente dormido desde hacía media hora, emerge de pronto de bajo su manta de Cachemira y grita con voz cavernosa:

—Y ¿a Galileo tan sólo? ¡A Tolomeo también!

Y entonces os sentís aniquilados.



A veces la controversia era más sofisticada.

Un pasajero Parsi iba sentado a lo Buda sobre el asiento, según su estilo. Hacía ya media hora que venía sosteniendo la tesis de que no hay diferencia entre el bien y el mal: todo es cuestión de sensibilidad.

—¡No diga usted tonterías! —le dije—. ¿Para usted es igual que yo dé un caramelo a ese niño o

que lo arranque de los brazos de su madre, y lo tire por la ventanilla.

— No hay diferencia. Es cuestión de sentimiento.

El hecho de tener él las piernas cruzadas sobre el asiento al modo oriental, vino en mi ayuda. Una rupía, hermosa moneda de plata en mis tiempos, se le escurrió de un bolsillo mientras hablaba, y rodó por el asiento hasta mi lado. La cubrí quedamente con la mano.

— De modo que ¿ninguna diferencia?

— ¡Ninguna!

— En ese caso, igual da que esta rupía se venga a mi bolsillo o vuelva al suyo.

— ¡Nada de bromas! gritó — ¡Venga la rupía!

Y poniendo la moneda en su bolsillo, puso también fin a la controversia.



De discusiones del orden ético os hacen pasar al de la Teología empírica, llamémosle así. Pero cuando creéis haber demostrado un punto con una lógica contundente y vigorosa, bien pronto os dais cuenta de que al adversario no le ha hecho mella alguna vuestra metodicísima argumentación.

— Pero, dígame usted: dos y tres son cinco, ¿sí o no?

— Eso no me interesa: lo que yo digo es que dos y dos son cuatro.

No os irritéis. Arrinconad vuestros silogismos. Nosotros hace tiempo que no nos perdemos en controversias. No convierten a nadie. Lo mejor es hacerles “ver” la “fe que actúa por la caridad”, como dice San Pablo. Por lo demás, si hay que hablar de

algo abstracto, aprended de Gandhi. El nunca usaba sorites ni epiqueremas, sino símiles y parábolas, como Nuestro Señor.

Y no os desaniméis si cuando vuestra mente, rigurosamente forjada a martillazos en la fragua de la escolástica, pone al contrincante entre la espada y la pared apurando, pinto el caso, el hecho de que Dios no puede estar igualmente satisfecho con el homenaje de la verdad y el insulto del error, con el servicio del bien y la injuria del mal, escucháis esta respuesta de vuestro contrincante, quien señalando a través de la ventanilla, os dice:

—¿Ve usted aquellas dos vacas? Una es blanca y otra es negra; y, sin embargo, la leche es siempre blanca; por lo tanto todas las religiones son iguales.

—¿Ve usted aquel río? Nace a esta parte de los Ghats, y muere en la bahía de Bengala; pero a una milla de su fuente, nace otro, a la otra vertiente de los Ghats, y va a desembocar en el océano Indico; ambos, pues, se encontrarán en el mar; por lo tanto... todas las religiones llevan igualmente a Dios.



Si vuestro contrincante es musulmán, os podéis ahorrar hasta ese *mínimum* de dialéctica; es tiempo perdido; o mejor, os lo ahorrará él mismo:

Viajaba yo un día con un mahometano empleado del ferrocarril, quien en un incidente de nuestra charla se permitió una expresión poco respetuosa para Nuestro Señor. Le paré:

—Caballero —le dije—, un verdadero musul-

mán habla, como su Profeta, con respeto de Jesucristo. Su propio Mahoma se llama a sí mismo un “anunciador”, mientras que a Jesucristo le llama el “Mesías”. Y debe usted recordar que Mahoma asegura no haber hecho ningún milagro, mientras él mismo dice que Jesucristo curó a los ciegos y resucitó a los muertos.

—¡Eso no es cierto! ¿Cómo podía el Profeta decir eso?

—Usted no conoce su Corán. Apenas vuelva a casa, le voy a mandar la cita exacta, con los números del Surat y de los versículos.

(Efectivamente, lo podéis leer en Surat V, 110 y XXIX, 49.)

—Y recuerde usted que Mahoma se llama a sí mismo pecador, mientras representa a Jesús absolutamente libre de pecado (Surat XLVIII, 2 y V, 109, XIX, 19).

Se calló. Accedió a darme sus señas. Apenas vuelto a mi Misión, consulté mis apuntes y le mandé la cita exacta del Corán. Pero... me gustaría conocer un solo ejemplo de conversión a través de la discusión.

Volvía yo una noche a mi Misión después de un día muy atareado en la ciudad. Mi compartimento estaba lleno hasta los topes; mas aún así esperaba yo poder descabezar el sueño sentado y bien prensado en mi asiento. Pero, apenas apagadas las luces, y cuando yo creía que todos intentarían hacer lo mismo que yo, un individuo de voz estentórea rompió el silencio con diez megatonnes de canto, uno de esos energuménicos cantos que se oyen durante las ceremonias rituales de los templos hindúes...

Bueno, ¡para qué voy a intentar describirlo en función de decibelios! Lo único que puedo decir es que aquello no tenía nada de Rachmaninoff o Sibelius.

Mas, como quiera que estábamos en una democracia, y cada cual tenía derecho al uso de su libertad, yo seguí intentando lo imposible: dormir.

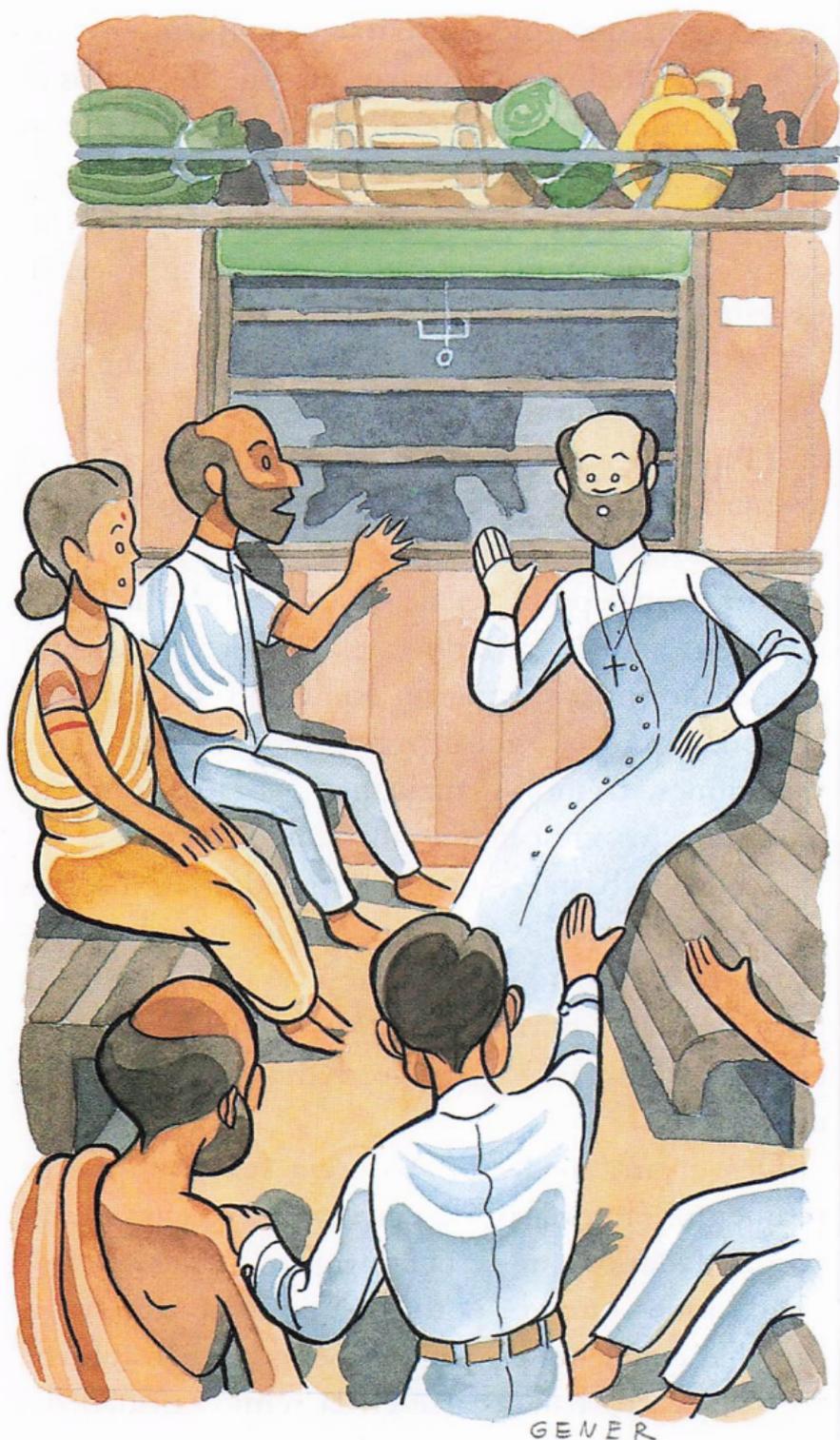
Y el Caruso indígena siguió cantando... uno, dos, cinco..., diez cantos...

—Bueno —resolví—. Si ese fulano alcanza el número veinte de su repertorio, lo paro, pase lo que pase.

Pero, ¿cómo podía ser de otra manera? Mis dedos nerviosos habían contado ya el diecisiete, el dieciocho, el diecinueve, y por fin estalló la tonada número veinte, con sobrehumano fragor, erizado de variaciones, trémolos, melismas, vibratos, fortísimos, staccatos, crescendos, rallentandos...,

—¡Bueno! ¡Basta! —grité exasperado—. Nosotros queremos dormir, y este señor está intentando reventarnos la cóclea. Yo voy a llegar a casa a las dos de la madrugada, y para las cinco y media tengo que empezar un día muy atareado. ¡Exijo que se nos deje dormir!

¡Desventurado de mí! Yo creía ser en aquellos momentos el portavoz de cincuenta o sesenta pacíficos ciudadanos que se encontraban en las mismas condiciones que yo. Pero ¡qué equivocado estaba! Aquellas cincuenta o sesenta cabezas que, lo juraría, yo había visto balancearse en la semioscuridad del coche, no cabeceaban de sueño: cabeceaban en asentimiento: quiero decir, se balanceaban de arriba abajo y viceversa no en ese misterioso umbral de la



Yo creía ser en aquellos momentos el portavoz de cincuenta o sesenta pacíficos ciudadanos...

inconsciencia, cuando el peso de nuestro cansancio domina a los músculos cervicales relajados y nuestra cabeza se hunde en la región del sueño y vuelve a salir a flote alternativamente; ¡no, nada de eso!, era un asentir de aprobación; era un decir que sí; era una señal de agradecimiento a aquel concertista nocturno que les brindaba un recital gratuito.

Sentí en aquellos momentos toda la decepción del demagogo que se ha batido por los derechos del oprimido para no recibir más premio que la ingratitud; ¡nada!, un Danton subiendo a la guillotina.

Efectivamente, el vagón entero se levantó como un solo hombre para protestar contra aquel extranjero sin pizca de sensibilidad artística

—¿Qué quiere usted? —gritó un enfurecido ciudadano—, ¿que le cante las loas de Jesucristo?

—Lo que quiero es que no cante nada —grité yo—. Y, de paso, exijo que ese Nombre sagrado se pronuncie con reverencia.

—El Padre tiene razón —dijo otro pasajero menos airado y de índole conciliadora—. Y sentimos mucho que se haya pronunciado aquí esa desafortunada expresión. De todas maneras, usted debe considerar, Padre, que estamos viajando de un modo tan molesto, y...

—¡Eso es! —gritó otro—. Nosotros estamos viajando en medio de tanta molestia, mientras que usted (ése era yo) tiene dinero (tenía razón: yo tenía en el bolsillo el dinero suficiente para pagar el carro de bueyes desde la estación hasta mi Misión), y por lo tanto podría viajar en primera.

—Mi re usted, Padre —añadió el de la índole conciliadora—, como le acaba de decir ese señor,

estamos todos viajando de una manera muy incómoda. Ahora bien, un poco de música es alivio de viajeros, y nos hace olvidar las incomodidades.

—Muy bien, señores —protesté yo—. Yo soy demócrata por naturaleza y por convicción: soy hombre del pueblo, con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Por lo tanto si el 51 por 100 de los presentes aquí son del parecer de que tenemos que tener música, yo me someto inmediatamente a su mandato. ¡A contar votos!

—No hay necesidad —intervino el “cantaor” nocturno. Y con la más dulce de las voces que, por lo visto, se reservaba en su inagotable repertorio para ocasiones como éstas, añadió:

—Permítame cantar tres tonadillas todavía. ¡Tres nada más! Y le prometo a usted que, después de eso, yo también me pondré a dormir.



¡Qué hermosas lecciones os pueden enseñar vuestros compañeros de viaje!

Cuando el tren pasa delante de un templo, el pasajero hindú junta las manos y las alza hasta la frente en reverente homenaje.

Si vuestro compañero de viaje es un musulmán, apenas saquéis el rosario del bolsillo, él empuñará sus cuentas y os ganará en velocidad al recorrerlas repitiendo sus jaculatorias en honor de Alá y de su profeta. Y a la caída del sol, desenrollará su esterilla en el suelo y empezará sus flexiones y postraciones mirando hacia La Meca. Y si os acaece viajar con él durante el Ramadán, le sorpren-

deréis lanzando unas ávidas, furtivas miradas al cestillo de provisiones dejado en un rincón, y otras a su reloj de pulsera, calculando la espera que le queda todavía antes de las seis, la hora oficial en que el sol se oculta y él puede permitirse el “desayuno”.

Y ¡el respeto que todos tienen para la oración! Mientras sigáis rezando el Breviario, nadie osará molestaros. Cuando al final de las Horas Menores, metí el Breviario en mi maletita de viaje que tenía debajo del asiento, mi compañero musulmán se llevó las manos a la cabeza con horror;

—Pero, Padre, ¿deja usted su Libro Sagrado en el suelo?

—Tiene usted razón, amigo. Muchas gracias —le dije colocando la maleta en la red sobre nuestras cabezas.



Una vez noté que un viejo Brahmán me miraba con atención mientras rezaba Maitines. Cuando, por fin, cerré el Breviario, él me lo pidió respetuosamente:

—¿Me permitiría darle un vistazo a su libro, Padre?

—¿Cómo no? Aquí lo tiene.

Lo recibió delicadamente y empezó a pasar las páginas con lentitud y reverencia, admirando los nobles tipos, la nítida impresión, la finura del papel.

—¡Qué hermoso libro de oraciones tiene usted!

—exclamó mientras me lo devolvía—. Pero, dígame: ¿lo tiene que leer todas las veces?, ¿no se lo sabe de memoria?

Me costó explicarle a aquel venerable Brahmán que, a pesar de que los Salmos no son más que ciento cincuenta, con todo, cuando S.S. Pío XII nos regaló una nueva versión al latín, nosotros, los que los habíamos rezado por tantos años en la versión antigua, hallábamos confuso aprenderlos de memoria.

El buen viejo estaba desilusionado.

—Yo también rezo largas oraciones en sánscrito; pero no las leo como usted. Me sé veinte mil zlokas de memoria.



La cosa más dulce y hermosa que me han dicho en la vida me la dijo un Brahmán. Ni siquiera mi madre, con toda esa fantasía creadora que las madres tienen para decir ternuras o echar piropos a los pimpollitos de sus hijos (“Aun al cuervo más hórrido e incoloro sus pequeñuelos le parecen de oro”, dice el refrán tamul), me dijo nunca una cosa tan dulce como aquella:

Era una tarde calurosísima (como lo son allí unas 365 tardes al año). El carruaje de tercera estaba como una lata de sardinas. Yo podía observar a un anciano Brahmán, la cabeza nevada de años, respirando afanosamente y abrasándose de calor y de sed en un rincón del vagón. Cuando el tren se paró en cierta estación de empalme, bien sabía yo que el buen viejo no tenía ni tiempo ni fuerzas para abrirse paso y salir a tomar un poco de aire o algún refresco.

—¡Espere usted ahí! —le dije, saltando de la ventanilla al andén.

Lo sabía muy bien que los Brahmanes no beberán nunca nada “contaminado”; les gusta, en cambio, beber aquel purísimo líquido cargado de vitaminas que el Creador ha encerrado tan herméticamente, a prueba de contaminación, en la nuez joven del coco.

Así, pues, abriéndome paso entre aquella marea humana, conseguí tomarme mi taza, “contaminada” o no, de aromático té en el puesto mahometano, compré luego un coco y corrí a alcanzar el tren al tiempo en que éste se ponía en marcha.

Aquel buen Brahmán, de cabellos de plata, aceptó el coco entre sus manos temblorosas, me miró fijo por un largo rato, y entonces me dijo la alabanza más dulce que acarició jamás mis oídos pecadores:

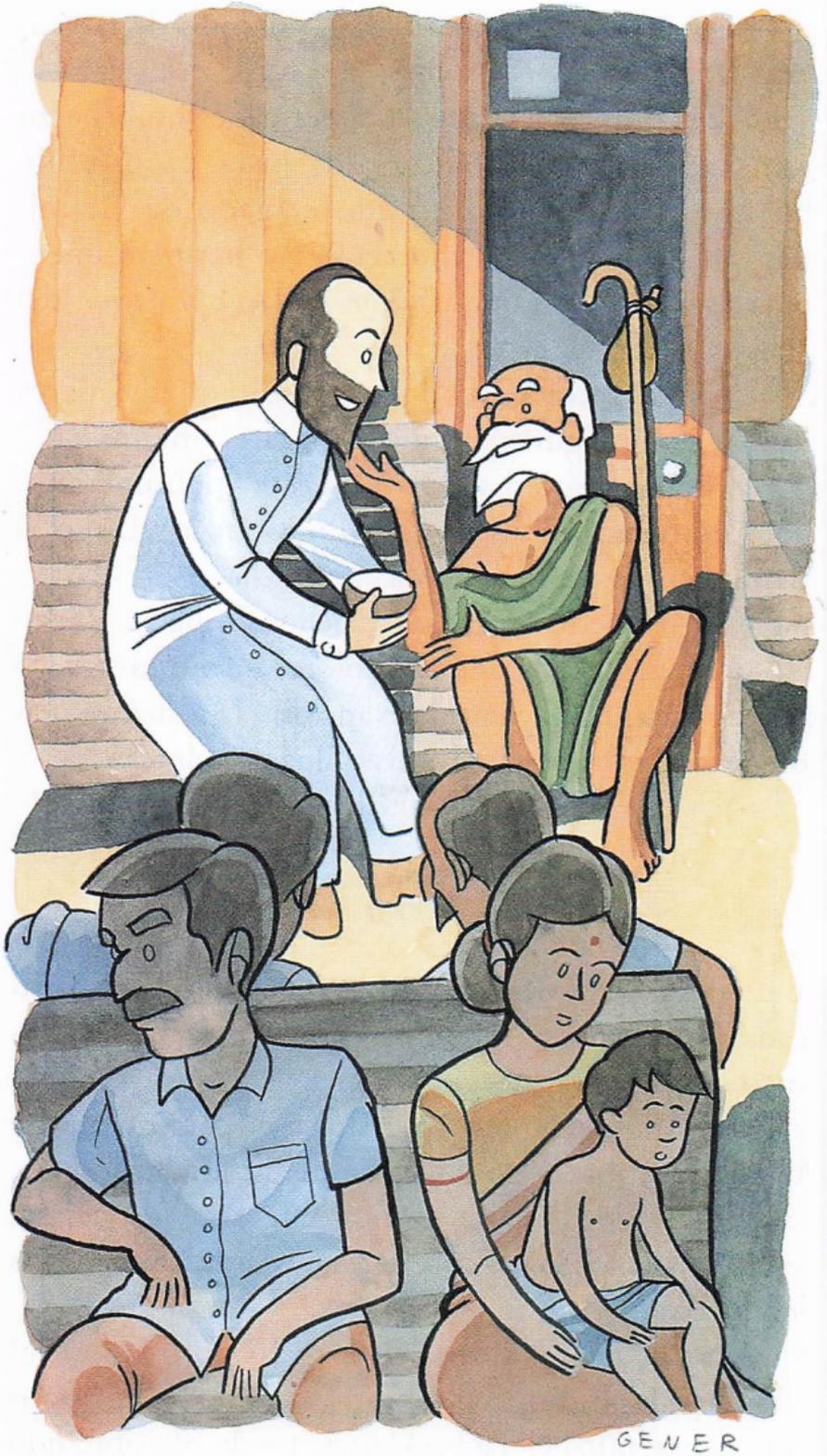
—¡Usted es un verdadero discípulo de Jesucristo!



El Buen Maestro tuvo que oírlo, por fuerza. Pero cada vez que se me presenta la ocasión, cuando predico delante de un Sagrario, me gusta enormemente repetir este incidente... por si acaso; para que no se le olvide, sobre todo en el día de mi juicio.

Pero eso de ayudar al prójimo durante los viajes a veces nos coloca en situaciones bastante chuscas. Os voy a contar una:

Aquella vez viajaba yo a todo confort en el “Assam Mail”, un tren rápido y cómodo. Un querido colega mío, el Padre Uguet, me había obtenido un “Pase” gratuito en primera clase. Era un placer



GENER

—¡Usted es un verdadero discípulo de Jesucristo!

viajar así, antes que llegaran los aviones de línea. Se cenaba en el coche restaurante, como un milord; se volvía luego a nuestro amplio compartimento equipado con ventiladores, literas y cuarto de baño; se ponía uno cómodamente en pijama, y luego, a dormir tranquilamente hasta que el tren, bien entrada ya la mañana, se paraba delante del majestuoso Brahmaputra, esperando a que el ferry-boat nos transbordara a las opulentas llanuras del Assam.

Nuestro compañero de viaje era un vivaracho, parlanchín y simpático plantador de té, que vivía como un Nawab en medio de sus inmensos jardines. Estaba de vuelta de un viaje de negocios a Calcuta. Había luchado en tierras de Francia en las tropas expedicionarias inglesas durante la primera guerra mundial, y allí se había dejado una pierna.

La ortopedia de entonces le había suministrado una pierna artificial; de hierro, un imponente artefacto que crujía endiabladamente a cada movimiento, erizada como estaba de bisagras, tornillos y tuercas. Pero al viejo guerrero no le importaba eso mucho: allí tenía él a su fiel criado Kramtcha, que se la atornillaba y desatornillaba, amén de servirle la cena y escanciarle su inevitable whisky escocés. Así, pues, a la hora de retirarse, él también se dispuso a gozar un bien merecido descanso.

Pero el busilis era que, mientras nosotros podíamos dormir a pierna suelta, tenía que cambiar tren en una estación de empalme a eso de la una de la madrugada.

Más ¿qué era eso para un veterano de la Gran Guerra, y un trotamundos, aunque fuera a la pata coja? Decidido como estaba a dormir tranquilo,

ordenó a su fiel Kramtcha que le empezara a desatornillar las tuercas del armatoste ortopédico.

Pero antes de apagar las luces, me acosó una preocupación:

—Pero, dígame: ¿cuánto tiempo para el tren en ese empalme en donde tiene usted que apearse?

—Unos tres minutos— respondió.

—¡Cielos!, ¿y está usted seguro de que en tres minutos se viste usted, se pone la pierna y está listo para alcanzar su tren?

—¡Oh, eso es muy sencillo! —dijo él con el aplomo de quien está avezado a todas esas menudencias—. Verá usted, Páter: antes de llegar al empalme ése, el tren pasa por un puente de hierro; ¡si habré hecho yo este trayecto docenas de veces! Aquel retemblar fragoroso del tren por el puente le despierta hasta a un sordo. Mi fiel criado Kramtcha ya está listo y a mi lado para cuando para el tren; aprieta los últimos tornillos, recoge el equipaje y allá nos vamos los dos. Todo funciona como un despertador suizo. No se preocupe, Páter. Buenas noches.

—¡Buenas noches!

Acostumbrado como estaba entonces a pasar noches y noches en el tren, joven y cansado, bien pronto caí profundamente dormido; pero, por muy profundamente que uno durmiera, era imposible no despertarse al ruido ensordecedor que nos invadió al entrar el tren en un puente de hierro. Sin embargo... tal vez no fuera aquél el puente descrito por el hacendero, porque nuestro hombre seguía durmiendo como un saco. El tren salió, por fin, del puente, y paró en una estación muy grande. Y nuestro plantador, duerme que te duerme. ¿Será posible?

Miro al reloj: bien pasada la media noche. Dirijo el foco de mi linterna al rótulo de la estación: ¡efectivamente!, era el empalme de nuestro compañero de viaje. Después de consultar a mi colega, decidimos despertar a nuestro roncadador amigo.

Se despertó con sobresalto.

—¡No!, ¡es imposible! ¡Esta no puede ser la estación! ¡Mi fiel Kramtcha estaría ya aquí!

Asuma la cabeza por la ventanilla y... ¡manes de Escocia!, ¡aquélla era!, ¡era el empalme!

—¡La primera vez en mi vida! —rugió—. Páter, hágame un favor: salte al andén y vaya al carruaje de la servidumbre a despertar a ese condenado Kramtcha que me ha fallado tan vergonzosamente. ¡Apuesto a que se emborrachó ayer! Usted grite solamente: “¡Kramtcha!”. Ya saldrá de algún lado.

A este punto, para la comprensión de esta verídica historia, se necesita una explicación en beneficio de aquellos que no están acostumbrados a aquel abigarrado tíovivo de una estación india. Oigan con paciencia: uno de los tipos imprescindibles en aquel “maremagnum” de aquellos andenes (que por cierto, son uno de los espectáculos más pintorescamente fascinadores que podéis contemplar en el Oriente con aquel jaleo y aquel ir y venir, aquel gritar y empujar y correr, y aquel flotar y agitarse de turbantes y de dhotis y de saris de todos los colores, y aquel encontrarse y tropezarse y aquel denostarse de vendedores y portadores... y también pasajeros) es el fulano que vende té caliente. El grito del vendedor de té es familiar en los cuatro ámbitos de la India: “*Garám chá*”, (té caliente). Hay ligeras

inflexiones y variaciones de modulación, pero, básicamente, las palabras en hindi las oye idénticas cualquier indio en cualquier latitud: “*Garám cha*”. En algunas partes, con todo, hay una tendencia a eludir la primer “a” átona; así que suena: “¡Gram cha!”. ¿Para qué os voy a cansar con prosodias? A estas horas ya os habéis dado cuenta del fatídico parecido que existe entre el grito del vendedor de té: “Gram chá”, y el nombrecito del fiel siervo de nuestro hacendado: “¡Kramtch!”.

El caso es que, mientras mi colega, el Padre Uguet, había saltado de su litera y, como Buen Samaritano, corría a asistir al plantador en su operación ortopédica, yo, dejándoles a los dos sorteando aquel rompecabezas de tuercas tornillos y bisagras, me eché a correr andén abajo y andén arriba, gritando a pleno pulmón: “¡Kramtcha! ¡Kramtcha!”.

Yo no sé si mi visión se enturbiaba con la prisa del momento y por estar yo medio dormido o medio despierto; el hecho es que me parecía ver asomarse a las ventanillas rostros de pasajeros medio dormidos, o medio despiertos también, alarmados al oír un “Gram cha” pronunciado con acento extranjero, e indignados al ver a un exótico barbudo, vestido en pijama, anunciando la propia bebida indígena del pueblo. Como si lo leyera en aquellos ojos entreabiertos:

—Y ¿a qué viene ese extranjero a vendernos nuestro té en nuestras propias estaciones? ¿No hay un “Foreign office” que se encargue de refrenar tales abusos? ¿Y qué hacen los Sindicatos Laborales que no impiden esa competencia ilegal? Pero, por cier-

to, ¡si ni siquiera tiene una tetera! ¡Anda!, ¡ni siquiera una jícara para servir su té!

Y Kramtcha sin aparecer por ningún lado. ¿Qué potente pócima había ingerido la noche anterior?

—”¡Kramtcha! ¡Kramtcha!”.

Para cuando me había aprendido el tren de memoria, ya silbaba impaciente la locomotora. Así, pues, entre mi colega y yo, empaquetamos los bártulos personales del hacendero, le ayudamos a bajar al andén, recogimos las tuercas y tornillos que aún nos sobraban y logramos subirnos de nuevo a nuestro coche.

No volvimos a ver a nuestro amigo el hacendero, pero estoy seguro de que, si un día le encontramos en algún andén, el que ande cojeando con una pata de hierro será el otro: ¡su fiel siervo Kramtcha!

MISIONES  SALESIANAS

FERRAZ, 81
28008 MADRID

Tels. 543 85 65 - 549 32 63
Fax. 544 52 45

Estas primeras incursiones símidas que yo contemplé con fascinación eran solamente de carácter predatorio. Lo que yo no sospechaba es que pudiera haber otros móviles, como los de genocidio y discriminación racial, capaces de impulsarles a los monos a una guerra de posición. Efectivamente, cuando llegó julio o agosto (los tamarindos se cosechaban de enero a febrero) empezaron a desplegarse delante de nuestros ojos asombrados episodios verdaderamente épicos, donde los móviles no los dictaban jugos gástricos o meras veleidades de destrucción, ni mucho menos. No, allí el resorte era la ambición de conquista, la embriaguez del poder, la pasión por la hegemonía o tal vez algunas oscuras, pero románticas rivalidades y celos; pero ciertamente que no una vulgar glotonería. Cuando pocos años más tarde empezó a hablarse de *Mein Kampf* *Drach nach östen* nada me pilló de sorpresa.

A veces una entera tribu de treinta o cuarenta monos aparecía de pronto en la finca de nuestra Misión, y no precisamente en fila india, sino en perfecto despliegue de escuadrón, en formación exactamente ortogonal a la fila india, tal como un paralelo es a un meridiano, o algo así. Era innegable que aquella horda estaba sometida a una rígida disciplina: había un alto comando único, era evidente; y el comandante en jefe que avanzaba en retaguardia era uno de aquellos viejos monazos, o tuerros o sin una oreja, acuchillados de morros a rabo, con las cicatrices de cien batallas... ¿Qué necesidad tenía él de demostrar su evidente veteranía con el tintineo de cien medallas en el peludo pecho? Del ojo que le quedaba echaba fuego, y rugía órdenes

con chillidos inarticulados. Aunque el jefe era un *condottiero* de pelo en pecho, se veía que su ejército se batía en retirada. Efectivamente, a cien metros escasos avanzaba en persecución el ejército rival, aunque en orden inverso, es decir, precedido no seguido, de otro *condottiero* tan peludo, tan tuerco y tan heroico como su contrincante. Ambas hordas se lanzaban mutuamente chillidos evidentemente de muerte, sin que pueda haber otra interpretación plausible.

De pronto, el comandante número 1 lanza un agudo grito: los monos en retirada se plantan en firme, giran sobre los talones, otean el campo, y al segundo grito de combate se lanzan sobre sus perseguidores en un feroz contra ataque. Se han invertido las tornas. Los antes perseguidores vuelven sus gastados cuartos traseros y se dan vergonzosamente a la fuga. ¿Será verdad?, ¡nada de eso, es pura estrategia! Esperad un momento y oiréis otra vez un poderoso rugido hendir los aires y veréis de nuevo a la armada número 2 plantarse en firme y lanzarse a un contra-contra ataque para recuperar aquellas ochenta yardas de terreno perdido. No es imposible que presenciéis todavía otro contra-contra-contra ataque y así *ad nauseam...* hasta que los cristianos que estamos presenciando una refriega donde nunca llega la sangre al río, perdemos la paciencia y, armados de palos y piedras, saltamos a la arena y ambas tribus trepan promiscuamente y de prisa por el primer árbol que encuentran.

Solamente las ratas están destruyendo víveres a razón de unos 350 millones de dólares al año; y eso en una tierra donde el hambre es endémica. No